

La carta a Lady Donnaldson

Mónica M. Cebrián



Image not found.

Capítulo 1

TEXTO REGISTRADO EN SafeCreative.

Me mantuve quieta durante todo el trayecto, contemplando con mis pequeños ojos verdes las figuras boscosas y verdecinas que se dibujaban en la ventana del carruaje. Apenas las contemplaba como solía hacerlo en el vehículo de caballos de mi padre, no me sentía capaz de ello. Todo me recordaba a él y a madre; los árboles frondosos me hacían rememorar sus cabellos rizados, la brisa primaveral de un nueve de Mayo a la risa de mi madre, aquella tan sonora y dulce que en las reuniones con su amiga Lady Donnalldson.

-Lleváis la mayor parte del trayecto un tanto silenciosa, ¿os sucede algo, si no es molestia que respondáis?-Pronunció una dulce voz femenina y adulta.

Torné la cabeza observando con indiferencia a mi acompañante. Poseía unos ojos azules claros de un tamaño excesivamente amplio, tan expresivos y brillantes como el cielo; rodeado por unas largas, finas y rubias pestañas. Su mirada era tan tierna en ese mismo momento, me estudiaba las pupilas con tal intensidad que me sentía culpable si no era capaz de contestar.

No quería ser maleducada y grosera, menos si aquellos ojos me contemplaban tan alegres. Su nariz era alargada y ancha, que caía hacia abajo agileña, su tabique era recto y estaba coloreado por el rojizo del sol que había caído en su piel clara.

Toda ella estaba adornada con las arrugas de sus mejillas caídas, con marcas de la edad en el contorno de sus ojos y de sus comisuras de los labios. Ya no era tan joven como hace cinco años sin embargo, su cabello continuaba encanecido pero tan peinado y elegante como solía tenerlo y su porte indicaba.

Se trataba de Lady Donnalldson. Fue la mujer que me acogió el nueve de Mayo de 1832, cuando mis padres fallecieron a causa de un incendio en un baile. En aquel entonces mi edad era la de los diez años y los dos siguientes me marcharía a Londres a recibir clases de piano y de literatura con el Señor Scarlett.

-No es molestia, mi señora. Hoy es nueve de Mayo y hace siete años del fallecimiento de mis padres. Quizá también por la insolencia que a continuación diré: vuestro hijo es el problema que me obliga a no pronunciar palabra.

-Silvie tenéis razón, es una insolencia-comentó alzando su tono de voz-, he de reconocer que mi hijo a su infancia no era todo un varón con modales y menos con una belleza como tu-sonrió-. Mas no olvidemos que ahora ha alcanzado la edad propia para ser hombre, veinte años, y esta totalmente cualificado como adulto. También se encuentra en proceso de prometerse.

-¿Robert Joshua se va a casar?-pregunté casi gritando, confusa y extrañada.

-Shh...-me mandó callar-¿a caso os he enseñado a vociferar asuntos ajenos?-Me regañó frunciendo sus labios.

-Disculpadme mi señora...-respondí desviando mis ojos hacia mis enguantadas manos yaciendo en mi regazo-es solo que me ha sorprendido.

-Eso si os lo he enseñado, mi querida Silvie-colocó las yemas de sus dedos en la carne de mi barbilla, haciendo fuerza con estos para elevar mi cabeza y girarla para que mis pupilas se hincrustasen en las suyas-...te hemos añorado tanto estos cinco años...Charlotte no tenía con quien compartir sus vestidos nuevos y Josh no tenía de quien burlarse y quejarse por ser de baja sociedad, incluso la noche que te fuiste me dijo "Madre, ¿es cierto que has hecho marchar a Silvie de nuestro hogar por mi forma poco respetuosa de tratarla? Si es por ello puedo disculparme y decirle que la quiero y..." y rompió a llorar en mi regazo.

-¿Sucedio así?

-Claro. Ni siquiera podía imaginar que te quisiese tanto mi precioso Robert Joshua.

-Vaya...yo tampoco...

Volví la cabeza y miré al frente.

Lady Donnaldson me acogió junto a sus dos hijos cuando el Senador Julian Donnaldson falleció a causa de la Tífilis. Me cuidó como una tercera hija y su primogénita Charlotte como una hermana sin embargo, Robert Joshua me detestó desde el primer día que llegué durante dos largos años, apenas me dejaba leer o me permitía comer. Me trataba como el resto de la gente, como una muchacha de clase inferior. Recuerdo una vez que insultó a mi madre y literalmente le metió un puñetazo en su nariz recta y desgraciadamente me llevé el castigo.

No deseaba volver a la mansión Donnaldson porque temía que Josh me clavase sus ojos azules claros en mí con desprecio y asco sin embargo, tras escuchar a mi "tía" tenía mis dudas sobre que chico sería ahora

Robert Joshua.

-¿Sabes querida?-llamó mi atención-hemos reformado y ampliado el jardín. Ahora tenemos un gran lago con cisnes y unos amaneceres y atardecer es preciosos.

-Oh. Eso tendría que verlo con mis ojos mi señora-Respondí sonriente.

Capítulo 2

El carruaje se paró completamente, dejando de crear ese movimiento tan poco adecuado para una señorita de mi clase que me obligaba a balancearme sobre el asiento. Atisé desde la ventana la mansión Donaldson, tal como la recordaba.

Era bastante amplia para ser simplemente una casa de verano, la entrada estaba decorada con arbustos altos y verdosos recién cortados que rodeaban toda la zona.

La portada de la mansión estaba formada por columnas gigantescas y pálidas como mis guantes, con el frontón ya grisáceo por culpa del tiempo. Sobre la pared escalaban las enredaderas, ramificándose y creando una techumbre nueva en el portal. Observé también que antes de la entrada nacía una fuente de forma redonda de la cual salía agua de la boca de lo que parecía ser una musa evitando los brazos musculosos de un joven que la persigue. Era semejante a una escena del mito de "Apolo y Dafne" quizá uno de los que más me gustaban.

Tras la mansión se deslizaba la forma del jardín de que me había hablado Lady Donaldson, cuya hierba se dibujaba verde y recién cortada y regada. Recordé ese maravilloso aroma húmedo que guardaba esa zona en concreto cuando la lluvia se precipitaba en el suelo, un olor que se introducía en tus fosas nasales, un olor que me hacía volver al pasado, cuando Charlotte y yo corríamos jugueteando.

-Querida, ¿qué te parece?-preguntó Lady Donaldson sacándome de mis recuerdos.

-He de reconocer que la mansión no ha dejado de ser la misma que antaño. En el fondo me es de gran agrado volver a mi hogar.

-Cualquier ser humano siente agrado al regresar a su casa tras años estando alejada de ella-Dijo con una sonrisa dulce.

Asentí sonriendo.

Súbitamente la puerta principal de la mansión se abrió lentamente dando paso al cuerpo de un hombre. Lo contemplé detenidamente desde la ventana, era extrañamente apuesto y lo más curioso era que tenía la sensación de que lo conocía.

Poseía un cabello dorado peinado hacia atrás, con un porte tan recto y tan noble. Su cuerpo era delgado con los hombros anchos y el cuello musculoso. Era tan bello desde donde lo contemplaba. Tras él caminaba una muchacha aferrándole la mano, una con el cabello recogido en un

moño con algún que otro mechón rizado suelto de color castaño yendo a claro.

En ese instante me quedé atónita, el muchacho era Robert Joshua, aquel niño insoportable que decidió desplazarme de su hermana y su madre por ser de baja alcurnia.

El conductor se bajó de la parte superior del carruaje y se aproximó a nuestra puerta. Sus dedos rodearon el manillar para abrir, estiró apartándose permitiendo que el aire del exterior entrara dentro del vehículo. Mis tirabuzones se ondearon impactando contra mi nuca y mi moño se descolgó un tanto así que lo sostuve con mi mano. La sobrante jaló la tela de mi vestido mientras mis pies se deslizaban por las escaleras que bajaban del carruaje. El conductor me ofreció su mano para ayudarme, la tomé descendiendo poco a poco. Sin embargo la mano anciana de Lady Donaldson me detuvo.

-Querida, recuerda que ya no le debes llamar por su nombre sino por Señor Donaldson.

-Oh. Cierto, ahora es el varón de la casa.

-Buena deducción querida mía-sonrió ella con dulzura.

Continué bajando el escalón del carruaje hasta sentir que los tacones de mis zapatos se asentaron en el suelo de grava. Mi cuerpo se hundía lentamente cuando caminaba en dirección a Robert Joshua.

La muchacha que tenía a su lado desde mi punto de vista parecía preciosa. La contemplé detenidamente mientras me aproximaba a ellos- los cuales se aproximaban igualmente a nosotras-con porte noble. Su rostro era alargado cuya piel estaba teñida de un marrón dorado, su barbilla terminaba afilada en dirección a las clavículas que se marcaban en su fina carne. Sus ojos eran pequeños y rasgados de un color que desde este punto no sabía decir con claridad, quizá eran de un bonito negro carbón brillante. Los rodeaban unas largas y oscuras pestañas las cuales hacían que su mirada entornada fuera preciosamente bella.

Me fijé en sus hombros, eran huesudos y delgados, sobresaliendo por el escote de su vestido verde pistacho adornado claramente como los vestidos de la aristocracia.

Su cuerpo entero parecía completamente desnutrido y apenas podía caminar sin enroscar ambos brazos en el de Josh, y su cabeza estaba gacha, contemplando las millones de diminutas piedras que formaban el suelo.

No parecía pertenecer a la clase de Josh y su madre, la muchacha tenía una forma de moverse que no recordaba a la de una dama, el color de su piel ya lo decía todo. La mayoría de los agricultores poseían ese tipo de piel, aunque por otro lado podría ser genético.

En ese momento me paré a pensar en porqué Josh se habría fijado en una muchacha de baja alcurnia, en cambio podría haberse enamorado de ella, es cierto que llevo cinco años sin verlo ni a él ni a su hermana mayor y en todo ese tiempo sería probable que Robert Joshua hubiera cambiado, hubiera dejado de despreciar tanto a la gente de mi clase social, quizá había dejado de aborrecer a los pobres y habría madurado como sería normal. ¿Y si a sus veinte años de edad ya no creía que los ricos debían ser los poderosos?

Lady Donaldson y yo paramos en seco observando a los dos jóvenes los cuales también habían frenado su caminar.

Súbitamente los ojos de Josh se desviaron hundiéndose en los míos. Eran unos ojos de un extraño verde rodeado por un azul claro que se podía confundir con el gris, tenían un tamaño amplio y redondeado. Tal y como los había descrito, se trataban de los mismos ojos que veía antaño. Tan hermosos e intenso, con un brillo que deslumbraba a cualquier dama. En cambio esos ojos eran los que siempre me habían mirado con desprecio, con asco y desaprobación.

Ahora no sabía describir con claridad de qué forma me estaban observando, descendían desde mis pupilas hasta el final de mi vestido nuevo y ascendían del mismo modo. Aquello que había hecho fue demasiado grosero por su parte, no me pareció adecuado que me analizase de esa forma tan insolente. Sin embargo no dije nada, me mordí la lengua y esboqué una pequeña sonrisa por educación. Ya que a primeras no había tomado una buena reacción al ver a Josh.

Ahora lo analicé yo levemente.

Recordé su rostro también alargado con las facciones endurecidas y rudas, con una expresión fría y dolorosa a la que ya estaba acostumbrada desde niña. Sus labios eran carnosos y en ellos se dibujaban finas grietas. La nariz la poseía recta y con la punta triangular, una nariz perfecta según muchas de mis antiguas amigas. Para todas las jóvenes él sería el hombre perfecto, con ese carácter misterioso y gélido como sus ojos, pero Josh sería la clase de varón que solo veía la belleza exterior.

-Señorita Wells-me dijo con un tono frío y oscuro.

Desvió sus ojos groseros de mí y los fijó bruscamente en su madre.

-Madre-respiró y continuó-bienvenidas de nuevo...

-Encantada-cortó la muchacha alegremente a Robert Joshua-soy Anabeth la prometida del señor Donaldson.

-Ana-contestó Josh ladeando la cabeza mientras su expresión se volvía venenosa-¿cuántas veces os he explicado que no debéis hablar interrumpiéndome?

-Yo-prosiguió cabizbaja-lo siento, perdonádme si os he ofendido-terminó clavando sus ojos negros en el suelo con vergüenza.

-Señor Donaldson-intervine yo haciendo que sus ojos se desviasen hacia mí y no hacia la joven Anabeth-, ¿os parece de caballeros contestar así a vuestra futura esposa? yo creo que deberíais conversar con ella de forma más amable y correcta.

Josh pestañeó varias veces sin borrar la expresión fría e irrompible de su rostro. No parecía haberle alegrado mucho mi comentario. Tal fue su reacción que observé como sus cejas se aproximaban a sus párpados frunciendo el ceño descaradamente. Atisbé sus labios carnosos estirados formando una línea firme que escondía toda su rabia, que guardaba sus potentes ganas de escupir palabras malsonantes a mi rostro. Mas no quiso pronunciar ese tipo de sonidos, el único que se desprendía de sus fosas nasales era la respiración.

-No os recuerdo tan impertinente, Señorita Wells. ¿Desde cuando una mujer le dice a un hombre como debe comportarse con su prometida?-espetó mostrándome sus dientes cuadrados y pálidos.

-Vamos querido-repuso Lady Donaldson-, es un simple comentario no malintencionado, ¿es necesario que os enfadéis por semejante tontería?

-Ella no merece mi respeto-terminó diciendo-además madre apenas tengo tiempo para esto, mi sala de invitados está ocupada por el Señor Blackvalley.

Capítulo 3

Tenía muy claro que mis ganas de salir de este lugar iban a ser mayores si Robert Joshua nos trataba de esas formas a mí y a su futura esposa y actual prometida. Ciertamente detestaba la idea de estar esta temporada junto a él. Mi estancia sólo duraría un año-para alcanzar mi mayoría de edad- y sabía que en estas condiciones lo único que haría sería arrancar cada uno de los cabellos de mi supuesto hermano Robert Joshua.

El brazo anciano de Lady Donaldson se enroscó en el mío apretando con intensidad las yemas de sus largos dedos. Comenzamos a caminar en dirección a la puerta de la entrada, percibiendo con los oídos a uno de los sirvientes de los Donaldson empuñar y llevar mis maletas. Este se adelantó a ambas y cruzó la puerta.

-Os va a encantar las reformas hechas en la mansión-me informó Lady Donaldson murmurando.

Yo sonreí imaginando qué tipo de reformas habrían hecho en la casa. Hacía bastante tiempo que no acudía a ella, prefería mi estancia en Londres educada por el Señor Scarlett.

-Señorita Wells-vociferó el Señor Donaldson-, si no es molestia intentad no hablar con el Señor Blackvalley.

-¿Por qué?-Lady Donaldson me clavó el hueso de su codo en la carne de mi brazo, a modo de advertencia.

-Una señorita de vuestra edad no debería hacerle preguntas a personas de mi clase, es inapropiado.

Me callé al instante. En cierto modo estaba llegando a ser muy impertinente y en mis años en la ciudad de Londres evitaba tal comportamiento. Mas por alguna razón Robert Joshua me obligaba a sacar mi lado insolente. Detestaba a aquel muchacho, no quería saber nada más de él.

Accedimos a la entrada de la mansión adentrándonos en esta con recelo y cuidado. Al dar varios pasos me encontré con el viejo portal en el cual corría junto a Charlotte-la hija mayor de Lady Donaldson-sin cesar.

Las paredes continuaban forradas de ese papel color crema con líneas amarillentas gruesas y lilas diminutas estampadas, paredes situadas a ambos lados de una escalera que ascendía hacia el piso de arriba. El suelo seguía siendo de madera chirriante la cual conforme pisadas gritaba. Observé las puertas y pasillos a las distintas estancias del piso primero:el comedor a mi derecha, la cocina a mi izquierda, delante el pasillo hacia el

estudio del señor de la casa y las salas del té y que salían al jardín. Todo continuaba como hace cinco años, como cuando lo abandoné.

Josh y su prometida se adentraron en la sala de estar-donde Robert Joshua dijo que se encontraba el señor Blackvalley-, lo cual hizo que Lady Donaldson y yo le siguiésemos, aunque no supe si por curiosidad e interés o por educación.

-¿A qué se debe la visita del señor Blackvalley?-le susurré a Lady Donaldson, antes de que nuestros vestidos tocasen el umbral de la puerta.

-Yo no soy quien para informaros de dicho asunto, mas a mi entender, ha venido por asuntos financieros relacionados con Robert Joshua y Anabeth.

-¿Asuntos financieros?-pregunté dubitativa.

-Si, Anabeth no es de alta alcurnia como mi hijo y además está enferma. De pequeña tuvo una mal formación en la pierna.

-Vaya...

No podía creer lo que habían escuchado mis oídos. Josh estaba con Anabeth porque la quería ya que no era de la misma clase social. ¿Joshua había cambiado durante estos años? Quizá me estaba equivocando, pero no lograba entender porqué continuaba tratándome de esa forma tan impertinente.

-¿Ya han llegado vuestra madre y vuestra hermana?-Repuso una voz masculina y grave, que despertaba todos mis sentidos. Era la voz de un hombre ya adulto, no como la de Robert que aún albergaba un tono pueril en su voz.

Lady Donaldson y yo nos metimos finalmente en la sala, observando con curiosidad a un hombre sentado en el sofá donde Charlotte y yo nos acurrucábamos para leer cuentos de terror en las noches de tormenta. Aquel hombre no parecía ser mucho más mayor que Josh, lo estudié delicadamente.

No era un muchacho bastante agraciado mas sus ojos poseían un verde intenso que brillaba centelleando en su rostro pálido y libido. Su cabeza era redondeada, terminando en una barbilla puntiaguda la cual estaba perfectamente adornada por un lunar completamente redondo. Su nariz era pequeña y cuyo tabique estaba un tanto torcido. Tenía unos ojos grandes y amplios, tanto que parecían querer salir de las cuencas. Sus labios resultaron ser finos y algo agrietados, los cuales comenzaron a esgrimir una media sonrisa que elevó su mejilla izquierda. Sus pómulos

estaban colocados a una altura media, dándole un toque algo cadavérico ya que se le marcaban en la carne de su tez.

El señor Blackvalley se incorporó bruscamente, provocando que nuestro sofá se desplazara hacia atrás. Aquello me hizo fijarme en su vestimenta, llevaba mejores ropajes que los nuestros, de un color azul marino que se adornaba con su cabello oscuro y corto como el azabache.

-Buenos...días-repuso aclarándose la garganta al final de la frase.

-Buenos días-respondí con educación.

-Este es Andrew Blackvalley-comentó Robert Joshua aferrando el brazo de Anabeth mientras observaba con extrañeza la expresión de Andrew.

Este no pareció inmutarse, continuaba hundiendo sus ojos hermosos en mí, lentamente parecía querer introducirse en el interior de mi mente, provocándome una extraña punzada en el centro de mi estómago. Trague saliva disimuladamente. Estaba siendo demasiado inquietante, tanto que me sentí incómoda.

-Encantado de observar a dos jóvenes tan hermosas-desvió sus ojos hacia Lady Donaldson.

-No os recordaba tan educado, Andrew-contestó Lady Donaldson.

Andrew se inclinó, jalando la mano de Lady y la besó delicadamente. Volvió a la posición inicial y se aproximó a mí, tomando mi mano del mismo modo y plantó sus labios en mi piel. Fue una sensación extraña la que sentí cuando su boca rozó mi piel, algo que explotó dentro de mí. Se asemejaba a lo eclosión de un nido de mariposas las cuales revoloteaban en el interior de mi estómago. Al instante me ruboricé, sintiendo sus pupilas estudiándome tras sus pestañas largas y delgadas. Se incorporó separando sus labios de mi mano y medio sonrió como si se tratase de un niño pequeño.

-Desearía conocer el nombre de la donna angelicata que estoy contemplando en este instante.

Se me escapó una risa que desearían no haber soltado.

-Pues preguntad su nombre-sonreí.

Esbozó una sonrisa con la que olvidé que no era el hombre más apuesto de la casa. Una sonrisa que se mostró juguetona.

-¿Podría saber cómo os llamáis?-preguntó.

-Silvie Wells.

-Ese nombre ha sido música en mis tímpanos, Señorita Wells.

Capítulo 4

Repentinamente mis mejillas se encendieron, se iluminaron tornando rojas. Jamás un hombre había dicho semejantes piropos a mi nombre, sólo se trataba de una palabra, de un grupo de sílabas que chocaban contra el viento al pronunciarla. Sin embargo, Andrew no las vio de aquella forma, dijo con dulce voz "Ese nombre ha sido música en mis tímpanos, Señorita Wells" oración que me halagó bastante.

De nuevo esgrimió una sonrisa apacible y agradable. Parecía ser todo un caballero, un varón con grandes aptitudes. Su belleza no era claramente la de un Dios o un príncipe más, sus ojos escondían algo maravilloso que jamás había contemplado.

-Bueno-soltando su mirada de la mía-, he de excusarme, tengo asuntos pendientes en la ciudad-dedicó miradas a Lady Donnaldson, a Josh y a su prometida. Finalmente me observó y sonrió dulcemente-Espero poder tener nuevamente el placer de veros, Señorita Wells.

-Espero yo tener también el placer.

Se despidió de Lady Donnaldson y su hijo. Se marchó acompañado de Robert Joshua y su prometida. Por lo que mi tía y yo permanecemos en el salón solas.

-Querida-repuso Lady Donnaldson-parece que le habéis gustado-sonrió dulcemente-. Es un hombre rico y muy agradable. Quizá deba invitarlo más veces.

Por la tarde disfruté de la compañía de mis pensamientos. Yo la señora Blackvalley, sonaba tan noble, tan aristócrata que me asustó la posibilidad de que se hiciera algo real. Recuerdo que en mi estancia en Londres todos los varones que asistían a los bailes a los que acudía con el Señor Scarlet me resultaron demasiado fríos y artificiales, muy educados mas su comportamiento para conmigo era sumamente gélido. Sin embargo, el señor Blackvalley parecía tan sincero, tan tierno. Deseaba volver a verlo.

-Señorita Silvie-pronunció una voz dulce tras de mi, era la doncella-hay una carta para vos.

-¿De quién?-. Pregunté frunciendo el ceño.

-No sabría decirlos. Tampoco la he leído porque resultaría insolente por mi

parte.

No le contesté. La doncella, sin embargo, colocó la mesa sobre mi regazo y se alejó de la habitación rauda. Me curiosidad me llevó a abrir el contenido del sobre inmediatamente para averiguar de quién sería, ya que en el sobre no venía ningún nombre.

Para la señorita Wells:

Os resultará extraño recibir esta carta sin ningún nombre. Es mi deber hacerlo así para no ser descubierta mi identidad y correr peligro. A continuación podrá entender el por qué.

Durante vuestra estancia en Londres estuve investigando sobre sus padres y dudé si realmente habían muerto o habían sido asesinados.

Os diré como surgió mi duda si acudis el diez de este mes a medio día al restaurante de Willson Jonkins.

S. S. S. 14.

No entendía nada de lo que ponía en aquella carta. Mis padres estaban muertos por culpa de aquel incendio pero ¿y si habían sido asesinados? Ahora no tenía muy claro lo que podía o no podía ser...Tenía que acudir a esa cita. Dentro de dos días.

Capítulo 5

Salí sin pensar de mis aposentos, ¿quién me habría podido mandar este mensaje? Ni siquiera sabía a quién acudir para descifrar sus palabras y saber más. Esa persona dijo que no escribió su nombre para protegerse de cualquier peligro. Quizá era un fugitivo o algo semejante, quizá solo deseaba asesinarme. O simplemente era alguien conocido que quería contarme la verdad sobre la muerte de mis padres.

Comencé a pensar en las personas que conocí en Londres durante mi estancia. Uno de ellos era el señor Scarlett mas no me pareció el más indicado para meterse en mis asuntos familiares, resultaba un hombre frío y distante a mí, aunque fuera mi maestro desde que me instalé en aquella ciudad. Otro podría ser la señora Harley, aquella mujer me trataba como si fuera su hija primogénita, como si todo su cariño solo pudiera colocarlo en mi persona y en nadie más. Continué pensando en nombre de personas pero ninguno podría ser la persona. Además la letra de la carta se asemejaba a la de un hombre, un tanto descolocada y pésimamente esbelta. Y la firma, ¿quién podría ser S. S. S.? ¿qué persona tendría tantas "s" en su nombre? No supe con creces quién sería. Así que solo me quedaba una opción, acudir a la cita.

Bruscamente mi cuerpo impactó contra otro, por lo que mis pasos tiraron hacia atrás. Observé de quién se trataba. Al contemplarlo me petrifiqué súbitamente, sintiendo como en el centro de mi estómago se creaba una punzada intensa, que se ramificaba por todo mi cuerpo. Notando una cosquilleo extraño en mis entrañas. Robert Joshua. Todas sus facciones reflejaban ira y repugnancia. Sus cejas caídas y su ceño fruncido.

-¿Cómo os atrevéis a seducir al Señor Andrew Blackvalley? ¿No entendéis que es necesario para mí y para mi prometida? Alejaos de él-. Bramió con los labios arrugados.

-Josh, yo no he...

-Soy el Señor Donaldson-me cortó con las fosas nasales muy abiertas y su expresión fulminante y asesina-, soy el hombre de esta casa y vos no sois nada para mí, por lo tanto mi nombre no debe ser pronunciado por sus labios...

-Disculpad-elevé mi voz notando como todo mi ser pretendía atacar a Josh, intentar asesinarlo, harta de sus palabras hirientes-no tenéis derecho a tratarme con tal desprecio. Es cierto que no soy nada de vos mas su comportamiento no es el de un señor británico. ¡Jamás me habéis tratado como un hombre!

Avancé con mis pies hacia la puerta y salí despedida de aquella casa. No podía más con esa situación, ¿por qué ese trato tan indecente conmigo? Nunca supe por qué se comportaba de aquella forma, nunca supe qué mal le había causado para recibir semejantes palabras. Por otro lado nadie me obligaría a alejarme de Andrew. Hombres así no existían en Inglaterra, todos tan falsos y defectuosos. Como Joshua, por fuera parecía amable y formas, mas por dentro, solo había prejuicios, dolor, maldad...aunque claro, la educación no faltaba. Siempre se buscaba la educación antes que los tratos morales o defender a una persona y no prejuzgarla.

Días más tarde llegó la hora de acudir a la cita con aquella persona desconocida que me envió la carta. Dije que iría a pasear durante un rato en el interior del pueblo, para recordar cuando Charlotte y yo jugábamos juntas al escondite cerca de una tienda de telas. En el fondo me apetecía hacerlo, me apetecía descubrir los lugares ya descubiertos por mi yo de la infancia, rememorar la cafetería en la cual Lady Donnaldson nos llevaba a tomar chocolate caliente con esos vestidos pálidos y ornados con flores y esas cosas. La tienda donde me compraron mis padres mi primer sombrero, acompañados de Lady Donnaldson. Sin embargo, no tendría tiempo para eso, iba a encontrarme con el escritor de mi carta.

Caminé hasta el pueblo por un camino terrosos y verdecino por culpa de la hierba que empapaba sus costados. El cielo se asemejaba a las olas del mar, cuya espuma era el disfraz de las nubes posicionadas delicadamente rodeando la esfera dorada, el sol, para permitir que los rayos acariciasen todo mi trayecto y mi cuerpo. Detestaba aquellas sombrillas de tela que no dejaban a mi piel recibir el calor. Mi color, además, no era tan pálido como el de todas las mujeres británicas de este pueblo. Así que no me preocupó caminar con el sol como compañía.

Al llegar al sitio indicado de la cita, observé las mesas llenas de parejas y grupos de personas que charlaban mientras hundían los tenedores de comida en el interior de sus bocas y sonreían cordialmente. Mas mis pupilas se pararon bruscas en la silueta de un hombre sentado completamente solo, con los ojos centrados en las letras de un periódico. Me resultó demasiado familiar, su cabello estaba peinado hacia atrás, creando una pequeña curva con sus puntas. Lo tenía de color plateado, canoso, y liso, el cual mostraba su frente arrugada y anciana. Su nariz era ancha y aguileña, casi rozando con la punta sus gruesos labios rosados. El bigote que poseía me desveló inmediatamente su nombre. Era el Señor Scarlett. Pensé que no podía ser cierto, que quizá solo estuviera de paso y no fuera el autor de mi carta.

Me aproximé a él con pasos lentos y delicados. Su rostro se volvió al enfrentarme al costado de su cuerpo. Atisbé una curva entre sus labios, que mostró sus dientes perfectamente colocados.

-Parece que finalmente recibistéis mi carta-. Dijo aferrando su taza de café y acercándosela a la boca.

-¿Fuistéis vos?-pregunté mientras mi cuerpo se sentaba en la silla-. No pensé que fueráis curioso, Señor Scarlett.

-Lo soy, Señorita Wells. Al ser vuestro maestro y saber que Lady Donaldson solo se encargaba de cuidaros tras la muerte de sus padres decidí saber qué causó su muerte-dirigió su mirada a ambos lados de la cafetería, para saber si alguien nos escuchaba-. Como todo el mundo-murmuró-, me creí la historia del incendio mas, había algo en los informes policiales que medio descartaba esa posibilidad. Así que decidí investigar por mi cuenta. Pregunté hace unos meses en comisaría fingiendo ser un detective de primera, y me dijeron que los cuerpos, pesa a estar chamuscados, tenían apuñaladas en la espalda. Vuestro padre tenía dos entre los omóplatos y vuestra madre por la parte trasera del corazón.

-Pero, Lady Donaldson me dijo que habían muerto junto a su marido.

-Quizá ella sepa algo relacionado con vuestros padres y os lo oculte.

-¿Por qué haría semejante cosa?

-Para protegeros...puede ser. Por el momento será mejor que solo ambos dudemos de la verdadera muerte de vuestros padres.

No sabía que responderle, quizá lo mejor era no mencionar a nadie aquel asunto ¿y si la persona causante de la muerte de mis padres me conocía? En tal caso pensé en hacer caso al Señor Scarlett.

-De acuerdo-. Respondí sonriente.

Él me imitó cariñosamente. Nunca le vi sonreír de aquella forma tan dulce, ¿qué sucedió con ese hombre de corazón de piedra? ¿qué sucedió con ese hombre duro y distante con el que nunca mantenía conversaciones? Resultó extraño.

Súbitamente sus pupilas se clavaron por encima de mi hombro, colocadas mirando tras de mí mientras la sonrisa de la comisura de sus labios se borraba paulatinamente. No pude evitar sentir curiosidad por aquella expresión en su rostro. Por lo cual comencé a tornar mi cabeza hasta que su mano se aferró a mi muñeca hundiendo las yemas de los dedos.

-No os giréis-masculló mientras una sonrisa forzada asomaba por su boca-, hay un hombre observándonos desde hace un rato. Actúa con normalidad, querida...

-Describidlo.

-Parece de alta estatura, lleva una gabardina gris y un sombrero de copa negro. Su cabello claro recogido hacia atrás. Mas no sabría deciros de quién se trata, su rostro está tapado por un periódico.

-¿Realmente nos lleva observando mucho tiempo?-. Pregunté dubitativa.

-Puedo asegurarlo, y además resulta bastante sospechoso. Quizá esté equivocado. Lo mejor que debemos hacer es permanecer aquí sentados hasta que se marche.

Capítulo 6

Intenté no observar al individuo, que según el señor Scarlett parecía ser sospechoso, mas el rabillo de mi ojo derecho no me lo permitió. A decir verdad ese hombre estaba sentado tomándose un café y leyendo el periódico cosa que no resultaba paranormal, sin embargo; su abrigo, el sombrero y la distinguida bufanda-no mencionada por el señor Scarlett-lo hacía extraño. Lo normal al entrar en una cafetería era despojarte de tu sombrero, chaqueta y bufanda, en cambio, aquel señor no se la había quitado. Si había entrado desde hace un buen rato no seguiría llevándolos.

-¿Esperamos a que se marche?-. Pregunté.

-Lo más razonable.

El señor Scarlett colocó el filo de la taza de café en sus labios y sorbió delicadamente, hasta que sus ojos y cejas ascendieran observando al individuo de antes.

-Se está yendo.

Ahí fue cuando pude girarme para observar como se alejaba y cruzaba el umbral de la puerta. Era un hombre bastante altos, con hombros y espalda anchos que le proporcionaban suficiente porte varonil. ¿Quién sería ese hombre? Tampoco tenía muy claro si realmente nos estaba espiando o simplemente eran paranoias nuestras.

-Primero marchaos vos y después me marcharé yo para pagar la cuenta del café.

Asentí y comencé a levantarme sin provocar molestia alguna al resto de las personas que disfrutaban de su desayuno en el restaurante cafetería. Al salir por la puerta observé a ambos lados de la calle para poder encontrar al hombre que nos estudiaba desde su mesa. Su cuerpo no asomaba por ninguna de las calles, quizá habría tomado otra que llevaba a otro lugar distinto. No quise hacerme más preguntas a mi misma, por lo que seguí mi camino para llegar a mi casa.

Súbitamente mis oídos percibieron unos pasos que se aproximaban hacia mí. Me volví hacia atrás intentando descubrir quién me perseguía. No pude ver a nadie. Quizá sería mi imaginación. Continué caminando por la calle.

En aquel mismo instante mi boca fue tapada por algo semejante a una mano y mi cintura la rodeó lo que sentí como un brazo duro y musculoso que me atrajo al interior de un callejón el cual partía la calle. Mi espalda

impactó con la pared de ladrillo sintiendo como me pinchaba aquella zona, como me ardía. Gemí de dolor a la vez que la mano despató mis labios y el brazo soltó mi cintura. Tuve que apretar mis párpados para ignorar el dolor.

-¿Qué significa esta carta?-. Preguntó una voz masculina y familiar.

Abrí los ojos encontrándome con unos de color azul claro casi rozando el gris verdoso. Observé al sujeto descubriendo a Josh. ¿Me había perseguido? Tenía sus brazos a ambos lados de mi cabeza, uno de ellos mostrándome con sus dedos la carta del Señor Scarlett.

-¿Ahora no puedo recibir o enviar cartas?-. Le dije irritada.

-Esta carta menciona que vuestros padres tal vez han sido asesinados.

-Lo se, la he leído.

-¿Y se os ocurre acudir sola sin saber quién puede ser el autor de la carta?

-Claro-. Contesté sin entender muy bien las intenciones de Josh.

-Sois bastante estúpida, deberíais haberme pedido que os acompañase. Podría haberse tratado de algún asesino o un perturbado.

No comprendía nada, Josh jamás había deseado que no sufriera ningún daño, siempre quería destrozarme y dejarme por los suelos. Siempre me insultaba por pertenecer a una clase social distinta a la suya.

-¿Os preocupa que me suceda algo, Señor Donnaldson?-. Pregunté alzando mi barbilla.

Su rostro empezó a inclinarse hacia el mío, expulsando su aliento contra mis labios gruesos. Tenía un aroma dulce, un aroma delicioso el cual se introducía por mis fosas nasales y rozaba todas mis entrañas. Sus ojos azules vigilaban mi boca mientras la suya se entreabría.

Algo dentro de mí deseaba aferrarse a Josh y aspirar su aliento cálido con mis labios, probarlo como si fuera un dulce prohibido. Dentro de mi estómago surgió una punzada dolorosa y ardiente que estalló y se repartió por todo mi ser, enroscándose en mis huesos como las plantas trepadoras al tronco de un árbol. Mi corazón golpeaba mi pecho con fuerza casi resquebrajando mi caja torácica.

-Yo-murmuró-nunca me he preocupado por vos, mas mi madre y mi

hermana os aman por encima de todo.

Se apartó bruscamente de mi y se volvió sobre sus talones agitando la carta.

-Así que mi padre-comenzó a comentar-también podría haber sido asesinado.

Se giró sobre sus pies y me miró con los ojos puestos en blanco. En ese instante se escuchó como una hoja afilada partía el aire y se posaba sobre la garganta de Josh. Desvié mi mirada y descubrí al Señor Scarlett el cual había desenvainado su espada escondida en el interior de su bastón.

-¿Quién sois vos y por qué perturbais a la señorita?

Josh tragó saliva y me dirigió una mirada de terror.

-Mi nombre es Robert Joshua Donaldson-. Dijo con voz temblorosa.

-Oh-comentó el Señor Scarlett dibujando una mueca de equivocación en sus labios- disculparme Señor Donaldson-apartó la punta de la espada del cuello de Josh.

Josh se frotó el cuello con sus dedos respirando con dificultad.

-¿Se puede saber quién sois vos?-. Preguntó con los ojos en blanco y el tono de su voz empapado de histeria.

-Mi nombre es Thomas Scarlett profesor y tutor de Silvie cuando estuvo viviendo en Londres.

Suspiró Josh clavando sus pupilas en el suelo.

-Ha leído la carta...-. Repuse para el Señor Scarlett.

-¿Cómo?-. Bramó el Señor Scarlett.

Nuevamente colocó el filo de su espada sobre la carne del cuello de Josh. Este se colocó totalmente erguido, evitando que el arma pudiera cortarle y hacerle sangrar.

-¿Cuánto habéis leído de la carta?-. Preguntó con el ceño y los labios fruncidos.

-Eh...pues...toda la...carta...

-Perfecto. Ahora debo mataros.

-¡No por favor-gritó Josh anclando las rodillas en el suelo, suplicante-haré lo que sea, incluso ayudaré a encontrar al asesino! ¡Mas, por Dios, sed clemente conmigo y no me matéis!

El Señor Scarlett apartó la espada del cuello de Josh formulando una risa a carcajadas.

-¿Me veis como un asesino?-continuó riendo-pobre muchacho toda vuestra dignidad por los suelos...está bien os dejaré con vida. Además, descubrí que vuestro padre también fue asesinado en el mismo lugar que los padres de la señorita Silvie.

Josh se incorporó y pestañeo varias veces.

-Mi padre...eso significa que mi madre ha estado ocultándonos algo, debo preguntarle.

Comenzó a alejarse del callejón para acudir a nuestro hogar, sin embargo, yo aferré su muñeca e impedía que pudiera ir hacia Lady Donaldson.

-No, Josh, no podemos contarle nada de esto a nadie porque el asesino puede ser cualquiera...

-¿Insinuais acaso, que mi madre, Lady Donaldson, sea la asesina?-. Dijo, soltándose bruscamente de mis dedos.

-No, mas...si el asesino descubre que ella sabe algo sobre el asesinato posiblemente la mate...no podemos permitirlo. Además tampoco sabemos a ciencia cierta si fueran asesinados.

-Perdonad que os interrumpa, señorita Silvie-comentó el Señor Scarlett-, estoy completamente seguro que ellos tres fueron asesinados, en cambio, no se quién podría ser el asesino. Los documentos de la policía están en mi casa, pasaos sobre las siete de la tarde para recogerlos e informaros lo suficiente, ¿de acuerdo?

Capítulo 7

-No me parece buena idea que participéis en esto, Silvie-. Objetó Josh mientras caminábamos en dirección a nuestro hogar.

-No sois quién para decidir si debo o no participar en esto. Estoy harta de vuestras órdenes-emepecé a enervarme-, seréis el señor de la mansión mas ni sois mi marido ni mi hermano mayor. Por lo que vuestras órdenes no serán seguidas por mí.

-No se trataba de una orden, simplemente he expuesto mi opinión-respondió con voz burlona-. ¿O tampoco puedo decir lo que pienso?

-Da igual, me ponéis furiosa de todas formas. Me habéis seguido hasta aquí leyendo una carta que no resultaba ser de vuestra incumbencia. ¿Qué clase de educación os han dado? Terminaré pensando que os preocupa mi persona. ¿Y cómo se os ocurre dejar a vuestra esposa sola?

-Silvie, sois quizá la mujer más irritante que haya conocido-escupió-. Anabeth no está sola, está con Andrew Blackvalley.

Súbitamente sentí una punzada dolorosa en el estómago. Andrew estaba en mi casa, esperándome como el galán que resultaba ser. No pude evitar sonreír al pensar en sus facciones en su rostro.

-Me preguntó dónde os encontrábais. Os busqué en vuestros aposentos y encontré la carta-repentinamente se colocó delante de mí, aferrando mis hombros con delicadeza-. Mirad, Andrew es un gran amigo mío y habéis conseguido llamar su atención, no quiero que sufráis daño alguno y destrocéis su corazón. Por ello prefiero que no os mentáis en esto...

-¿Y vos si-interrumpí riéndome por indignación-, después de arrodillaros para no ser asesinado? Me resulta gracioso. Josh o Señor Donaldson, como prefiráis, haré lo que desee. Hay más mujeres en el mundo, puede ir a por otras si yo acabo muerta.

-No...Silvie...

Me solté brusca de sus manos y continué caminando hacia la mansión.

-Haré lo que crea conveniente.

Llegamos a la mansión si pronunciar palabra. No deseaba hablar con ese sujeto, de repente parecía preocuparse por mí como podría odiarme e insultarme. Sumamente desagradable y además añadiendo exigencias y órdenes.

Al entrar al salón de la mansión encontramos conversando a Lady Donnaldson, Anabeth, Andrew y una señorita bastante hermosa, tan parecida a Lady Donnaldson. Tenía la nariz recta, los cabellos ondulados y recogidos en un peinado de carácter francés. Era preciosa. Sus ojos claros se incrustaron en los míos, poco a poco sus labios dibujaron una sonrisa pueril y familiar.

-Silvie-se incorporó y rodeó mi cuerpo, apretándolo contra el suyo-os he añorado tanto-besó dulcemente mi mejilla y acarició mis cabellos ahora despeinados.

-Y yo a vos, querida Charlotte.

Ambas nos abrazamos con fuerza y quizá lloramos lágrimas invisibles. Había echado de menos a Charlotte, era como mi hermana y la amaba tanto. Nos separamos y abrazó a su hermano pequeño que tanto adoraba. Yo por mi parte, mantuve mis ojos dirigidos a los del Señor Blackvalley. Este esbozó una sonrisa tierna y dulce la cual no fui capaz de ignorar. Sentí como mis mejillas se encendían y se sonrojaban de forma infantil. Andrew se levantó de su asiento colocándose sus vestimentas como mejor podía, para mi desgracia su sonrisa continuaba expuesta en sus labios y paulatinamente se ampliaba más, viendo como sus mejillas se alzaban y arrugaban sus párpados como los de un muchacho joven.

-Os veo más ruborizada que de costumbre-. Se rió.

Se me escapó una risa un tanto estúpida.

-Si no fueráis tan sumamente seductor no sería capaz de ruborizarme.

Se rió medio sonriendo.

-¿Dónde habéis estado, Señorita Wells?-. Preguntó educada y tiernamente guardando sus brazos tras la espalda.

-Me encontraba agobiada en esta mansión y decidí dar un paseo por el pueblo y los alrededores.

-Suenas emocionante. Yo suelo salir a pasear a estas horas, mi trabajo es bastante agotador, y no me gusta tener que tramitar temas financieros.

Sabéis, mi padre fue el abogado de vuestros padres.

-¿Si?

-Claro-sonrió-. ¿Accedería a dar un paseo conmigo?-. Me mostró su brazo flexionado.

Asentí con la cabeza e introducí mi mano en el hueco que formó su brazo. Aproximé mi cuerpo al suyo y salimos por la puerta para dar un paseo. Durante este, estuvimos hablando de lo que nos parecía o no justo en esta vida, no me decepcionó en absoluto la respuesta de Andrew incluso me obligó a tener mayores sentimientos por él. Era un hombre interesante, un hombre dulce y comprensivo que estaba en contra de las diferencias sociales existentes. Le conté cómo se comportaba Josh cuando yo estaba en esta mansión antes de viajar a Londres y me explicó que a Robert Joshua le costaba tratar bien a las mujeres cuando era un muchacho muy pequeño.

-He de decir-comenzó a hablar Andrew-que habéis debido sufrir mucho, con la muerte de vuestros padres y la poca educación que os aportó Josh. ¿En Londres lo pasastéis igual?

-No, la verdad es que en Londres me sentí como en casa. Antes mis padres y yo solíamos viajar a Londres por cuestión de negocios, visitas a familiares o para comprarme algún libro de interés. Por lo que al estar en la gran ciudad recordaba a mis padres visitando a mis primos junto al Señor Scarlett, el cual fue mi tutor, o visitando a mi abuela Rose Marie.

-Yo sufrí la muerte de mi padre debido a la tuberculosis, siento algo parecido a vos.

Caminábamos por el jardín de hierba verde, adornado con árboles delgados y empapados de sus frutos rojizos, amarillentos, anaranjados, verdosos etc. El cielo se encontraba celeste y turquesa, dibujado por las nubes blancas del cielo, el sol abrasador se recortaba redondeado, dejando que sus rayos bañaran el suelo y nuestros cuerpos. Observé con interés el perfil de Andrew, no resultaba ser tan bello como Josh o como cualquier otro hombre, mas su personalidad era tan hermosa y dulce. Jamás había imaginado que un hombre como él existía en este mundo tan estúpido.

Me solté de su brazo, lo que provocó que sus ojos se volvieran hacia mí. Primero estudió el movimiento de mi mano y después recorrió mi cuello, mi barbilla, mis labios, mi nariz y mis ojos, quedándose perdido en estos últimos. Tenía la boca entreabierta, aspirando el aire irregular que soltaba yo. Nuestros rostros estaban tan cercanos, compartiendo la misma respiración. Sin embargo, ese aroma que desprendía su aliento no se asemejaba para nada al de Josh, era una mezcla entre hierba buena y

limón ácido.

-Silvie...-. Murmuró entornando los ojos hacia mi boca.

-¿Si, Señor Blackvalley?

-¿Os sentiríais afortunada si vuestro anular llevase una alianza con mi nombre?

-¿Qué queréis decir?-. Pregunté dubitativa.

-¿Os queréis casar conmigo?

Me quedé con la respiración congelada, no sabía qué responder a aquella pregunta, apenas lo conocía mas, lo poco que lo había conocido me había gustado, me había seducido. Sonreí delicadamente sintiendo como me volvía a ruborizar.

-Si...-. Murmuré.

Él sonrió de una forma que jamás había visto, tan ampliamente, tan tontamente. Colocó ambas manos a ambos lados de mi rostro y comenzó a inclinarlo. Presionó sus labios contra los míos mientras se reía. Nos unimos en un beso tan sencillo pero tan delicioso. Aferré sus muñecas con mis dedos, notando sus huesos y el vello de sus brazos. Era la Señora Blackvalley. Jamás imaginé que podría cambiar de apellido tan pronto. Dios míos. Me encantaba esa sensación, era otra y compartía mi vida con otro.

Al cabo de una hora de besos y caricias, de amor y dulzura, acudimos a la mansión para anunciar la noticias, todos se alegraron menos Josh, observé como su expresión se volvía gris y oscura, como sus ojos se entornaban tristes y cristalinos. ¿Qué le sucedía? ¿Qué le apenaba? No comprendía a Josh, ¿qué problema tenía ahora? Intenté preguntárselo mas, todo el mundo acudió a mí y vi como su figura se alejaba por el umbral de la puerta y desaparecía cabizbaja. Pregunté a Anabeth que le sucedía sin embargo, ella tampoco lo sabía.

Capítulo 8

Habían dado en el reloj las seis y media, a las siete debía acudir a casa de Thomas Scarlett junto con Josh. No encontraba a Josh por ninguna parte, me daba miedo que se hubiera escapado y no llegara a tiempo a mi cita para conseguir los documentos del asesinato de mis padres. No me preocupé por buscarlo. Pregunté a Anabeth dónde se encontraría pero continuaba sin saberlo, ambas comenzamos a dar vueltas por los alrededores de la mansión. No había mantenido ninguna conversación con la prometida de Josh y la verdad es que deseaba saber porqué la había elegido siendo como es, ella era una gran muchacha y preciosa.

-¿Cómo os conocistéis Josh y vos?-. Le pregunté.

-Pues...-comenzó a frotarse las manos y sonreír dulcemente-en un baile. Como quizá sepáis, no puedo caminar correctamente, aunque ahora no necesite tanta ayuda; en ese baile tropecé con una persona y me caí. Fui incapaz de levantarme del suelo y la gente no quería ayudarme. Varios minutos más tarde me llegó la mano del Señor Donnaldson y me salvó, desde ese momento me enamoré de él. Es tan hermoso e iba tan hermoso aquella noche...-suspiró dulcemente-¿no os parece bello mi querido prometido?

-Puede ser...-pensé en su rostro, realmente era hermoso, era bellísimo-¿Cuándo os pidió matrimonio?

-Esa misma noche. Me besó diciéndome que era la mujer más bonita que había visto y que me cuidaría más que a ninguna.

-Suenan tan romántico-. Le sonreí.

Anabeth estaba tan feliz, era tan dulce al pronunciar su amor por Josh. ¿Él la amaría de la misma forma? Tenía cierta curiosidad, mas no sabía si Josh sería capaz de responder a la pregunta. Tenía que tener demasiado cuidado con las palabras que debía utilizar.

-Sois muy curiosa ¿no es verdad?-. Me preguntó Anabeth.

La miré a los ojos y atisbé una sonrisa perfecta en sus labios carnosos. Que dulce era.

-Si, lo cierto es que mi curiosidad me ha dado a veces ciertos problemas. Me han acusado de insolente y me han dicho "una mujer no debería hacer preguntas".

Repentinamente apareció por delante de nosotras el Señor Blackvalley, mi futuro marido, paseando y contemplando el suelo. Era tan bello desde la

distancia. Sentía como mi corazón golpeaba mi pecho con fuerza, con intención de reventar mi esternón y mi costillar. Lo amaba, recordaba aquel beso sencillo que nos dimos la primera vez hace unas horas, tan precioso, tan diminuto. Y era mío, ahora me pertenecía aquel hombre. Sonaba bastante posesivo mas, realmente Andrew era mío, era mi futuro esposo, la persona con la que pasaría el resto de mi vida. Comencé a correr en su dirección, ignorando que el vestido nuevo pudiera mancharse con el embarrado suelo, ignorando que estuve a punto de caer de bruces sobre el suelo por culpa de los zapatos.

Andrew elevó el rostro y se sorprendió al verme yendo hacia él. Puso los ojos en blanco y se quedó petrificado sobre el sitio. Del interior de mi garganta surgió un grito infantil, un grito que provocó la risa en el Señor Blackvalley. Separé mis brazos para poder rodear su cuerpo sin problemas. Segundos más tarde salté, ya a pocos centímetros de Andrew, y abracé su cuello bruscamente, colocando las dos piernas en ambos lados de su cintura. Él acunó mi cuerpo entre sus manos.

-Que sorpresa, Señorita Wells-. Sonrió y besó delicadamente mis labios. Después los soltó lentamente, dejándome sin respiración.

-Dentro de poco Señora Blackvalley-comenté mientras los dedos de una de mis manos surcaban sus mejillas y su cabello peinado hacia atrás- ¿Cuándo seré vuestra esposa, Señor Andrew Blackvalley?

-Cuando deseéis-me volvió a besar, esta vez durante más tiempo, presionando su boca de una forma más ruda que antes, respirando hondo y permitiéndome suspirar. Me soltó riendo-. Y no puede ser hoy mismo.

Me reí con él.

Lo contemplé de todas las formas posibles, ladeando la cabeza para estudiarlo desde todos los ángulos. En ese instante me percaté de que llevaba una bufanda, una distinguida bufanda gris. Me recordó a la que llevó ese hombre que vimos en la cafetería hace unas horas. Negué con la cabeza, no podía ser, Andrew estaba en casa cuando yo partí a casa. Imposible. Además, ¿por qué me mataría el hombre que me amaba? No tenía sentido. Borré de mi cabeza ese pensamiento.

-De acuerdo, porque yo tengo una cita con mi tutor para comunicarle mi matrimonio-. Lo besé y me bajé de sus brazos.

-Yo debo ir al pueblo por unos asuntos-me sonrió-. Por lo que nuestros caminos se separan ahora, mi dulce Silvie.

Nos besamos por última vez. Cada uno se alejó por su camino. Yo me despedí con la mano de Anabeth, sonriendo al saber lo mucho que amaba a Josh. Quizá me había equivocado con él y realmente había madurado.

Quizá al principio al verme reaccionó mal al recordar nuestra infancia juntos. No lo sabía a ciencia cierta.

Me aproximé nuevamente a la entrada de la mansión y me dirigí hacia el camino que me guiaba al pueblo. Sabía dónde vivía Thomas Scarlett tras mi regreso de Londres, y Josh supuse que no lo sabría. Así que lo esperé. Cuando apareció tenía la expresión melancólica y triste. Su cabeza permanecía caída y sus ojos sumamente cristalinos. ¿Qué le ocurría?

-¿Os encontráis bien, Josh?-. Pregunté con tono de preocupación.

-Claro...solo estoy cansado.

No se me ocurrió preguntar más.

Anduvimos en silencio hasta la casa del Señor Scarlett, surcando y atravesando diminutas y estrechas calles blanquecinas. Accedimos a la puerta principal de su hogar en silencio y subimos por unas escaleras de madera que provocaban ruidos semejantes a gritos. Al llegar el umbral de su puerta observé que no se encontraba totalmente cerrada, existía un hilo de luz que sobresalía entre la jamba de madera y la puerta. Cuando estuve en Londres, el Señor Scarlett solía cerrar con llave cuando llegaba a su hogar, mas, estaba abierta la puerta, sin ninguna vigilancia. Me daba miedo aproximarme y descubrir algo que no deseaba descubrir.

-Espera-. Comentó Josh, adelantándose a mi posición y cubriendo mi cuerpo para impedir mi paso.

Capítulo 9

Aferré el brazo de Josh con las manos, temblorosa y a su vez temerosa de lo que podría encontrar en aquella habitación. Ambos accedimos a la casa con recelo, escuchando un silencio gélido que recorría cada una de nuestras vértebras con sus garras. No podía soltar la tela de la chaqueta azul marino de Josh, me sentía segura. Atravesamos los pasillos que llevaban a un salón empapado por la luz del sol, procedente del balcón dorado que poseía la sala. Existían cortinas blancas, delgadas y finas en este en las cuales se ondeaban con el aire de la calle, cubriendo un extraño vulto oscuro yacente en el suelo. No deseaba saber qué era aquello, prefería analizar la habitación más detalladamente.

Había un par de sofás mojados de hojas y objetos rotos que se repartían por el suelo, creando un mar de caos sobre una alfombra blanca y pálida. Me percaté de que aquella alfombra se había teñido de un color rojizo oscuro, denso y líquido. No podía ser. Ese líquido surcaba el suelo desde ese mismo vulto oculto bajo las cortinas onduladas, no, no, no podía ser el Señor Scarlett. Rodé mis pupilas hacia Josh, detecté en su rostro un atisbo de preocupación y cierta pizca de miedo aflorando. Estaba pensando lo mismo que yo.

-No puede ser-susurré nerviosa-. ¿Señor Scarlett?-vociferé con el pecho oprimido-. ¿Señor Scarlett? ¡¿Señor Scarlett?!

-Silvie, mirad ahí y yo miraré en otro sitio, para ver si hay alguna señal sobre Thomas-. Señaló con su dedo índice el vulto de las cortinas. Mientras, Josh se alejó hacia otra habitación.

Estas pararon de bailar al son del aire y descubrieron un cuerpo cadavérico y lívido. No. No. No era posible. Comencé a negar con la cabeza mientras deslizaba mi brazo por el de Josh y me separaba de él, corriendo hacia el cadáver. Lo estudié. Era...el Señor Scarlett...Sentí como mi pecho se congelaba y mi corazón se transformaba en una diminuta piedra, una piedra la cual se incrustaba dolorosamente en mis entrañas. Mi garganta me ardía, deseaba desgarrarla un sollozo de muerte. Tapé mi boca bruscamente con mis manos. Sus ojos estaban ampliamente abiertos, mostrando su mirada hacia el más allá, hacia un punto bastante alejado al de cualquier mortal.

Sentí como una mano jalaba mi hombro izquierdo, acariciando dulcemente con sus dedos cercanos a mi cuello. Giré mi rostro para poder contemplar el suyo, estaba triste, no tanto como podía estarlo yo. Ese hombre había sido casi un padre para mí. Cinco años bajo su tutela. Cinco años aprendiendo a amarlo como a un padre.

-Lo siento...Silvie...

Repentinamente, como si hubiera sido un movimiento involuntario, mi rostro impactó contra su pecho. Mis manos se tomaron la una a la otra, posicionándose entre mis labios. Comencé a llorar, a hacer que mis lágrimas rasgaran la carne de las mejillas al pasar por ellas. Me dolía el pecho, me quemaba la garganta y todo mi ser parecía derrumbarse paulatinamente. Sin embargo, los brazos duros y fuertes de Josh me rodearon todo el cuerpo, sosteniendo mi alma con la suya. Mi rostro acariciaba su pecho, empapándolo con mi llanto y con mis gritos de dolor.

-Esto no es justo...

-Lo sé, Silvie. Puede ser que el asesino de vuestros padres y mi padre haya visitado al Señor Scarlett-se separó de mí sin apartar una de sus manos, la cual acariciaba con delicadeza mi espalda. Su mano me mostró una carpeta vacía sobre la cual estaba escrito "caso Wells y Donnaldson"- y haya prendado los documentos que necesitábamos...

-¿Qué? Esto...-me separé totalmente de Josh y sumergí mis dedos en mi cabello recogido-...Esto no puede ser cierto. ¿Ahora por dónde debería empezar?-me giré sobre mis talones-. Necesitaba esas hojas, necesitaba saber...

-Llamaremos a la policía y que nos ayude a...

Me volví instantáneamente, desprendiéndome de mis manos.

-¡No! Solamente...solamente para el asesinato de Thomas Scarlett, nada más.

Aquella misma habitación estaba llena de hombres trajeados con uniforme de policías. Ahora Josh y yo nos encontrábamos al otro lado de la entrada hacia el salón. Frente a nosotros se encontraba un hombre vestido con una gabardina color veis y un bigote largo y velludo. Sus manos estaban ocupadas por una pluma estilográfica y un cuaderno diminuto con hojas amarillentas y descoloridas.

-Por lo que...-aclaró su garganta-...ambos habíais entrado en la casa y os habíais encontrado el cuerpo del Señor Thomas Scarlett, a las siete de la

tarde ¿cierto?

-Si-. Pronunciamos Josh y yo a la vez.

-De acuerdo-dijo mientras apuntaba los datos en su cuaderno-. Por ahora mantenganse al margen de este asunto, ya los tendremos informados.

-¿Han encontrado algo sospechoso en la escena del crimen?-. Preguntó Josh con el ceño fruncido al inspector.

-No, únicamente un guante-lo mostró, un guante negro de cuero, con sus dedos enguantado-. Parece ser de mujer-lo analizó debilmente con los ojos y el ceño arrugado-, disculpen, es de una mujer. Intentaremos descubrir a su dueña.

No seguimos con la conversación. El inspector se alejó despidiéndose y continuó cercano al cuerpo asesinado. Durante ese proceso Josh y yo nos volvimos sobre nuestros talones. Descubrimos una figura anciana aproximándose a nosotros con un expresión melancólica y pesimista. Tenía el rostro mortecino y semejante a la porcelana. Era Lady Donaldson.

-Oh, querida mía-repuso mientras guardaba mis manos con las suyas-. Siento tanto este incidente. El Señor Scarlett era un gran hombre, y un gran amigo de mi marido. Debéis estar destrozada-. Finalmente alzó mis manos y las besó de forma maternal y cuidadosamente, con aquellos labios agrietados que poseía.

-Lo se Lady Donaldson, mas, no os preocupéis por mí. Estoy bien...-. Terminé mintiendo.

Lady Donaldson rodó sus ojos y se percató de la presencia de su hijo Josh, arrugando la punta de su nariz y creando arrugas entre sus cejas.

-Hijo mío, ¿no estabais en vuestros aposentos?-. Preguntó arqueando una ceja.

-Si. Aunque decidí dar un paseo por el pueblo para despejar mi...mente y me encontré con Silvie. Me dijo que...-empezó a inventar-...que se dirigía a visitar a Thomas Scarlett y pensé en acompañar a la señorita.

-Ah-contestó ella. Nuevamente me miró y esbozó una sonrisa-. Silvie, si necesitáis mi apoyo o el de Charlotte lo tendréis.

-¿Y dónde está ella?

-Resulta que tenía unos asuntos en el pueblo, y se han complicado esos

asuntos.

¿Qué clase de asuntos? Intenté no pensar en Charlotte como una asesina. Mas, ahora cualquiera podía resultar sospechoso. Incluso mi futuro marido o mi querida tía Lady Donaldson. Tenía que encontrar a Charlotte y hablar con ella. Al pensarlo mi mirada se dirigió a la de Josh, el cual me observaba con detenimiento y con cierto interés.

-¿Sucedé algo?-. Preguntó con recelo Lady Donaldson.

Tuve que dejar de mirar a Josh para responder.

-No-. Sonreí.

-Oh, de acuerdo. En ese caso debería marcharme, tengo que preparar la casa para la visita del prometido de Charlotte. Se casan dentro de un mes y quería conocer a la familia.

Lady Donaldson soltó mis manos dulce y se alejó por el pasillo luciendo ese vestido azul claro que le hacía aparentar menor edad de la que tenía. ¿Lady Donaldson sería capaz de matar? No lo tenía muy claro, sin embargo, ya no descartada nada.

Nuevamente dirigí mis pupilas a las de Josh, descubriendo aquellos ojos claros que poseía. Tan hermosos, tan intensos. Estos se movían de un lado de otro, estudiando y examinando mi rostro lentamente, como si deseara descifrar algo en mí. Súbitamente, sintiendo como su mirada cristalina se hundía dentro de mi carne, una punzada ardiente invadió el centro de mi estómago ramificándose en mis entrañas. Mi corazón golpeaba con furia mi pecho, resquebrajando mis huesos. Aquella punzada se convirtió en una explosión, en la eclosión de capullos de millones de mariposas. ¿Qué era esta sensación?

-Silvie...-. Dijo con el tono de voz frío y lejano.

-¿Qué os preocupa, Josh?

-Deseaba disculparme por el comportamiento que tuve con vos hace varios años.

-¿Por qué debería aceptar vuestras disculpas?

-Porque las merezco.

Me reí irónicamente. ¿Cómo se atrevía?

-Eso que habéis decidido usar como respuesta es bastante estúpido-sentía como algo dentro de mi pecho deseaba salir, algo cubierto de dolor y

ornado con ira-. No merecéis disculpa alguna, me hicistéis sufrir más de lo que ya sufrí con la muerte de mis padres. No sois ningún hombre que merezca disculpa.

Me alejé de él sintiendo rabia y furia. Pensé que Josh había cambiado algo, que había mejorado, en cambio, su prepotencia seguía latente, seguía viva en él. Salí de la casa, con el ceño y los labios doloridos de tenerlos demasiado fruncidos. Odiaba a Josh, odiaba a aquel muchacho. Por desgracia percibía como sus pasos transportaban su cuerpo tras de mí. Lo ignoré, así como a sus voces pronunciado mi nombre.

-Por favor, esperad.

Harta de oír su voz me giré con los dedos guardados en mi mano, aún enfadada por su comentario. Estúpido Robert Joshua.

-¿Qué?-escupí bruscamente-¿Ahora me vais a decir que merecéis mi perdón porque eráis un niño mal criado y egocéntrico que no creía en la igualdad entre las clases sociales? No, esa no es excusa. ¡No soportaba más teneros cerca y por eso me marché a Londres!-. Terminé gritando con la garganta quemada.

Josh se quedó paralizado, sin saber qué responder a todo ello. Perfecto, ahora era mudo. Se acabó. Me giré nuevamente y continué mi ruta en zancadas de rabia hasta el camino cuyo destino era la mansión Donaldson.

-No Silvie...No era eso lo que intentaba deciros...-su voz me hizo tornar la cabeza y mirarlo con el rabillo del ojo-. Quizá haya utilizado las palabras incorrectas y si, es cierto que era estúpido y egocéntrico, mas, me resultastéis tan cautivadora desde que os vi que no sabía como actuar, no quería mostrar mis sentimientos. Cuando os fuisteis me derrumbé, sentí como se desmoronaba mi mundo y...no me había dado cuenta de lo que había perdido...de que os había perdido. Por ello merezco vuestro perdón, porque yo también sufrí y hasta que no me perdonéis no dejaré de vivir atormentado.

Me quedé estupefacta. Ahora me apenaba no perdonarlo. Y sus palabras sonaban tan angelicales en mis tímpanos. Clavé mis ojos en el suelo intentando dejar de crear palabras y desmenuzarlas al salir de mi boca. ¿Qué podía decirle? Sonaba tan real, tan verdadero. ¿Qué debía hacer?

-Lo...lo pensaré...de momento vamos a seguir buscando más pistas para encontrar al asesino de nuestros padre y a la dueña del guante.

Capítulo 10

Pasaron varias semanas desde el entierro del Señor Scarlett, Josh y yo intentamos seguir buscando más pistas, algo que no pudimos conseguir. Además, nuestra conversación ya no era la misma que de costumbre, desde aquella confesión suya me sentí sumamente intimidada y asustadiza. ¿Cómo podía contestar? ¿Cómo debía reaccionar ante su confesión? ¿Sus sentimientos seguirán siendo los mismos? Me aterraba la respuesta a la última pregunta. Estaba prometido con Anabeth y yo con Andrew, ¿qué haría si descubriera Andrew que Josh continuaba sintiendo algo por mí? No deseaba saberlo.

Gracias a Dios, hace dos días Josh y Andrew se marcharon por temas de negocio y nos dejaron a las cuatro mujeres solas. Anabeth, Charlotte y yo estábamos ocupadas acudiendo a tiendas para comprar ropa de abrigo para invierno, el cual comenzaba a acercarse. Las conversaciones con Lady Donaldson resultaban graciosas y sinceras, como ella y la juventud que aún poseía en sus entrañas. Con Charlotte hablé sobre su prometido, me comentó que era un hombre con muy malas pulgas y un tanto bruto a la hora de responder mas, que se portaba de forma agradable con ella y la adoraba más que a nadie. Se llamaba Aidan y pertenecía a la bella Irlanda. Ambos se conocieron en un viaje por aquel lugar de cuento de hadas. Al principio se odiaban a muerte hasta que una noche permanecieron juntos y se enamoraron. Sonaba tan romántico.

-Hay que colocar todo perfecto para esta noche-. Gritó Lady Donaldson a los sirvientes, que estaban terminando de decorar la sala de baile.

Lady Donaldson se volvió hacia nosotras tres sonriente y satisfecha con su trabajo. Se abrazó las manos y las sacudió un tanto nerviosa.

-Queda poco para que Aidan llegue, Charlotte. El salón debe estar listo para el baile de esta noche.

-¿Baile?-. Pregunté mirando a Charlotte y a Anabeth.

-Si, querida, un baile de máscaras. ¿Recuerdas haber acudido a alguno, Silvie? Si no es así, vas a disfrutar como una pequeña niña en una tienda de golosinas.

Charlotte se rió mientras sus piernas circulaban por el salón, danzando como una novia en su baile nupcial. Era feliz y parecía querer llegar ya a ese punto de su vida, vivir junto a Aidan el resto de su vida, criar diminutos niños y contarles los mismos cuentos que nos relataba Lady Donaldson. Comenzó a tararear una canción con una melodía dulce y melancólica a ritmo de vals, no supe decir de quién podría ser, qué autor podría haberla creado.

Llegó la noche y con ella los invitados, Josh, Andrew y el prometido de Charlotte, Aidan. No me percaté de la presencia de todas aquellas personas, ya que yo me situaba en el piso de arriba, terminando de arreglarme y ponerme el vestido nuevo, tan recargado con detalles y telas de colores suaves. Parecían ropajes reales, de una reina. Vestía parecida a la reina Victoria, parecía un ser celestial con el cabello recogido en dirección hacia arriba, con gruesos tirabuzones acariciando mi frente y mis mejillas. Estaba tan sumamente preciosa, jamás me había contemplado con semejante belleza. Me probé la máscara, de origen Veneciano y me hacía asemejarme a una diosa. Que belleza podían crear en Italia.

Salí de mi habitación intentando imitar la porte de la reina Victoria, totalmente erguida, hinchando mis mejillas con el aire de mi boca y arrugando la punta de mi nariz. Al transitar por el pasillo de la mansión Charlotte me encontró. Iba vestida con un vestido rojo de bordes dorados y vuelo bastante recargado y amplio. Su cabello amarillento estaba recogido hacia arriba en forma de moño cubierto de tirabuzones, con una máscara posada en su frente para después ponérsela en el rostro. Iba tan sumamente preciosa, tan bella que me sentí por debajo de ella, yo iba disfrazada de princesa y ella de reina.

Al principio la observé un tanto preocupada, buscando algún objeto con su mirada, atisbando y examinando cada tramo de suelo, entrando y saliendo de las habitaciones del piso que permanecían abiertas. Cuando sus ojos se encontraron con los míos exprimí una risa en su boca y la expulsó como cuando era pequeña. Una carcajada limpia y sonora.

-¿Quién soy?-. Pregunté con voz hueca.

-Parecéis la reina-. Contestó mientras su risa se mezclaba con sus palabras.

La mía comenzó a surgir de mismo modo.

Minutos más tarde nuestra risa cesó al escuchar el sonido del timbre. Se secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

-Silvie, ¿habéis visto un guante como este por la casa?-. Preguntó, mostrándome un guante negro de cuero que se asemejaba al que vi en la

escena del crimen del Señor Scarlett.

Me quedé sin habla. Era el mismo guante. Pertenecía a Charlotte, mas, no creía que fuera a ser ella. ¿Cómo podía matar Charlotte a Thomas Scarlett? Era imposible, no podía ser...no...Charlotte una asesina. Ahora dudaba de quién podría haber matado a Thomas. Tampoco sabía si había sido el asesino o varios asesinos. ¿Y si el o la que mató a mis padres y posiblemente al Señor Donnaldson no era una sola persona, sino varias? Cada vez más se complicaba el asunto. No. Sacudí la cabeza y sonreí.

-No, mas, es conveniente que bajemos al baile antes de que vuestra madre se altere.

Asintió dulcemente.

Repentinamente subió las escaleras una figura erguida y cubierta por vestimenta elegante. Llevaba una chaqueta color gris con un chaleco blanco en su interior. Sus piernas estaban vestidas con unos pantalones de tela fina y ajustados. Su rostro joven tenía un toque de misterio, ambas cejas caídas y los labios fruncidos. Parecía lleno de ira y frustración. Poseía un cabello rubio y lacio recogido con un lazo azul marino en una diminuta coleta. Su máscara estaba aferrada por los dedos, unos dedos largos y huesudos. Tenía las facciones bruscas y rudas, de forma Irlandesa.

Sus ojos azules claros coincidieron con los de Charlotte, la cual se había percatado de la presencia del varón, y en ese momento, todo su rostro pareció iluminarse y volverse dulce e infantil. Esbozó una sonrisa perfecta marcando las arrugas en sus comisuras.

-Señorita Charlotte-. Pronunció educadamente, con un acento brusco.

-Señor Aidan.

Era Aidan, su prometido. Charlotte se volvió hacia mí con el dibujo de su sonrisa en sus labios mientras su brazo aferraba flexionado el de Aidan. Sus dedos acariciaban la tela de la chaqueta.

-Aidan, esta es...

-Señorita Wells-intervino Aidan súbitamente serio. Que joven más extraño.

-¿Cómo...?

-¿Queridas?-. Bramó, cortando, Lady Donnaldson desde el piso de abajo.

Los tres bajamos por la escaleras, posando ya las máscaras en nuestros rostros y atándolas con delicadas cintas. ¿Quién es ese hombre? ¿Y por qué conocía mi nombre? Y si...no...no...Sacudí la cabeza y continué caminando. Los pasillos y las salas estaban abarrotadas de gente, un bullicio que se aproximaba al salón de baile, vestidos con máscaras y ropajes del siglo XVII y sombreros ornados con plumas y vello de algún animal semejante a la oveja. No podía saber quiénes eran quiénes, un misterio. Además sentía como los tobillos estaban a punto de quebrarse, a punto de hacerme caer. Me dolían demasiado.

En ese mismo instante noté a mi cuerpo precipitándose hacia el suelo alfombrado, haciendo que la gravedad de la Tierra se desprendiera de mi persona. Cuando pensé que todo mi ser iba a impactar contra la madera, unos dedos se hundieron en la carne de mis brazos y rodearon mis muñecas para impedir mi caída. Estudié al sujeto que me sostenía, empezando por sus dedos pálidos y su vestimenta elegante y recargada. Su cabeza estaba adornada con un sombrero dorado y pintado con figuras negras y blancas bailarinas. Su borde estaba conformado por plumas rojizas y una gigantesca teñida de azul oscuro. La máscara era negra y se acoplaba prácticamente a su rostro. Analicé esos labios, eran semejantes a los de Andrew. Estos se curvaron escribiendo una sonrisa pueril y esperanzadora, tan hermosa y preciosa como la de Andrew, estaba completamente segura de que era él.

Me incorporé y Andrew me guió hasta la zona de baile, sin pronunciar palabras ni sonidos de aquella voz tan oscura que poseía. Comenzamos a dar vueltas en la pista como el resto de los presentes, avanzando y marchando hacia atrás. Bailábamos separados, juntos, alejándonos y cambiando de pareja al son de aquella música de melodía lenta y melancólica guiada por un piano con notas en contraste.

Sus ojos me estudiaban con determinación, con una intensidad que jamás había visto. Parecía otro hombre distinto, sin embargo, su cabello era del color oscuro que tenía mi prometido. Deseaba preguntarle cuando podíamos hablar de nuestra boda, de cuándo la celebraríamos. Mas, estaba totalmente introducida en sus ojos, en su mirada clara y cristalina.

Repentinamente sus manos surcaron mi espalda y me atrajo hacia él. Sentí como mi corazón golpeaba mi pecho, corrompía mis huesos por dentro. Una punzada intensa invadió mi estómago como la eclosión de millones de mariposas en el interior de mis entrañas. Sus dedos se clavaban en la carne de mi espalda, recorriendo cada una de las vértebras de mi columna. Mis manos estaban sobre su pecho, duro y musculoso. Lo acaricié paulatinamente, estudiando su cuello y su camisa pálida. Los botones estaban a punto de estallar, de soltarse y destrozarse su ropa.

Mis ojos rodaron hacia arriba, descubriendo los de Andrew. Eran bellos, hermosamente claros, casi parecían azules. Su respiración se aceleró

bruscamente cuando mis dedos recorrían su pecho, su vello, sus pectorales y los pezones que se erizaron y endurecieron. Apretó sus manos y me aproximó más a su boca, a su aliento dulce y empalagoso el cual me embriagaba todo el rostro. Me extrañó que el olor fuera delicioso y no a limón agrio. Sin embargo, estaba tan hipnotizada por aquellos ojos que olvidé dónde y con quién me encontraba.

Instantáneamente presionó sus labios contra los míos. Mi respiración se congeló, permitiendo que mi cuerpo se petrificase y se anclase al suelo encerado del baile. Cerré los ojos delicadamente, notando su respiración acelerada contra mi pómulo, donde se situaba la punta de su nariz. La punzada de antes se intensificó. Dentro de mí se había encendido una llamarada sumamente ardiente y quemándome los órganos.

Mis manos se deslizaron por sus hombros, por su cuello ancho hasta asentarlas en su nuca, presionando mis yemas en su piel, acercando aún más su boca a la mía. Poco a poco, cada segundo, el oxígeno que entraba a mis pulmones se agotó y tuve que abrir mis labios. Andrew me imitó. Ambos nos separamos y abrimos los ojos para poder vernos el uno al otro. Lo amaba, lo amaba tanto desde ese momento, aquel beso había sido tan sumamente intenso. Tenía que haber besado antes a Andrew de aquella forma. Dios mío...que intenso.

Nuevamente presionó su boca contra la mía mas, en ese momento su lengua acarició la mía, movimiendo sus labios al son de los míos. Le devolví el beso de una forma más intensa, más apasionada. Él también lo hizo. Durante cinco minutos, sucedieron esos mismos pasos, esos mismos besos apasionados cuya velocidad aumentaba frenéticamente. Aspiraba su aliento, su aroma, probaba su boca por dentro. Fueron varios besos húmedos que se repetían una y otra vez.

Nos separamos recuperando nuestro aliento y respirando bruscamente. Mi pecho se elevaba y se bajaba, presionando mis pechos. Andrew los observaba con cierto misterio en sus ojos. Aferró mi mano con sus dedos y me arrastró lejos de la gente bailarina y la sala. Ascendimos por las escaleras hasta el pasillo de arriba, ocultándonos tras una de las paredes de color canela.

Impactó mi espalda contra el ladrillo de la pared. Ambas manos estaban colocadas a los lados de mi cabeza. Volvió a besarme, introduciendo su lengua y sus respiración fuerte. No pude evitar soltar un suspiro cargado de la intensidad del beso. Él se separó con una mirada que no lograba reconocer, tan brillante y seductora.

-Déjadme verle el rostro-. Pronunció con una voz totalmente distinta a la suya.

-Y yo la vuestra.

Ambos, deseosos de besarnos nuevamente descubrimos nuestros rostros. Mis ojos se pusieron en blanco al ver aquella tez blanca. Aquel cabello dorado y esos ojos azules. La expresión en su cara era semejante. Su cabello había estado vestido por una peluca castaña. Era...era Robert Joshua...no...mierda. Se separó en menos de un segundo de mi cuerpo y colocó sus manos en el cabello, mirando al suelo con arrepentimiento.

-No...puede ser...yo-tartamudeé-creía que eráis Andrew...

-Yo, que vos eráis Anabeth...

Capítulo 11

Joshua continuaba con sus manos sumergidas en el cabello despeinado. ¿Cómo había sucedido aquello? Me dejé llevar pensando que era Andrew. ¿Qué hubiera pasado si no nos hubiéramos retirado las máscaras? No deseaba ni pensarlo.

-Al veros así caer pensé que...

-Comprendo...yo...-. Se me quebró la voz.

Negó con la cabeza. Se desprendió de las manos hundidas en su cabello y con expresión frustada se aproximó raudamente hacia mí. Rodeó mis brazos con sus dedos, mostrándome sus dientes y su boca en línea recta. Lo tenía nuevamente a una distancia poco prudente, dentro de mi pecho mi corazón peleaba en su sitio, intentando salir de allí para evitar toda esa acumulación de sentimientos.

-Nadie...-carraspeó la garganta-nadie puede saber esto, ha sido una atrocidad que jamás puede volver a ocurrir ¿lo entendéis? Ambos nos hemos criado juntos, casi como hermanos y podrían considerarlo una aberración.

-De acuerdo-. Asentí.

Respiró hondo, tomando una bocanada de aire y deslizó sus yemas de los dedos por la tela de mi vestido, separándose paulatinamente de mí. Su cuerpo se volteó, dándome la espalda mientras resoplaba por lo que había sucedido. Su mano derecha surcaba su cabello, con el fin de borrar aquel recuerdo de su mente.

-He encontrado una pista relacionada con la muerte del Señor Scarlett-cambié de tema. Josh se giró sobre sus talones al escuchar aquella oración pronunciada por mis labios.

-¿De qué se trata?

Súbitamente, las pupilas de Robert Joshua rodaron en dirección a un ruido procedente del final de aquel pasillo. Ambos observamos como una de las puertas se abría provocando un chirrido semejante al de un hueso partiéndose. Tras esta se asomó un cuerpo varonil descamisado, vestido únicamente con sus pantalones. La luz de la zona iluminó toda su persona, desvelando la identidad de aquel sujeto. Era Andrew. ¿Qué hacía despojado de sus ropajes? Analicé su rostro, ahora fijo en el mío. Puso los ojos en blanco, completamente abiertos. Comenzó a balbucear intentando

decir alguna palabra que pudiera servir como explicación.

Joshua se quedó petrificado al verlo de aquella forma. Estaría pensando lo mismo que yo. Sin embargo, al deslizar sus ojos en mi dirección mostraba el reflejo de la tristeza y de la desilusión. ¿Qué estaba pensando? Por un momento deduje que Andrew se estaba cambiando de ropa mas, ¿qué persona civilizada se cambiaría de ropa y se pasaría por la mansión descamisado? La otra opción era la más desagradable de todas, que había sido tan perverso como para serme infiel después de haberme pedido en matrimonio. No podría comprenderlo aunque quisiera.

-¿Señor Andrew?-. Vociferó una voz grave desde el interior de la habitación.

¿Cómo podía tener una mujer la voz tan grave? Me resultaba incomprensible. Comencé a aproximarme hacia la puerta, conteniendo la ira que me proporcionó la situación. Andrew intentó impedir mi paso, poniendo excusas estúpidas e ilógicas que creí convenientes ignorar. Me aferraba de las manos para que no pasara, me detenía, se colocaba delante; hasta que mis dedos golpearon la madera de la puerta y esta se abrió completamente. Estudié un cuerpo atlético que yacía en la cama completamente desnudo, un cuerpo musculoso y de piel tostada. No se trataba de una mujer, no era una mujer. Podía observar su miembro angosto desde mi posición, completamente erecto. Dios mío, Andrew era homosexual...No. ¡No! Me aparté de la puerta brutalmente, tapando mi boca con ambas manos por la sorpresa.

Notaba como los latidos de mi corazón se congelaba, como ese mismo órgano se cristalizaba y se resquebrajaba contra un suelo oscuro. Se me encogió el pecho, se me petrificó, sintiendo un dolor extremo en mi ser, una traición dolorosa y ruda. Daba pasos hacia atrás mientras mi cabeza negaba todas las veces posibles.

-Silvie, os lo puedo explicar, de verdad.

Continué negando con la cabeza hasta alejarme por las escaleras. Corrí hacia la calle, hacia la noche oscura. Rompí a llorar, con lágrimas las cuales rodaban por mis mejillas rasgando la carne de esta culminando en la barbilla. Desde ese punto, se precipitaban contra mi pecho. No podía comprenderlo. No. No podía.

Capítulo 12

La noche era oscura, cuyo cielo permanecía plagado de estrellas pálidas y cetelleantes. El aire y el silencio estaban mezclándose poco a poco, conformando la misma sustancia que respiraba irregularmente. La noche era oscura, estaba acompañando a mi sufrimiento, a mi dolor, a mi ser hundido en la más absoluta negrura.

Caí de rodillas al suelo, anclando mis rótulas en la tierra. Hundí mi rostro entre mis manos, sollozando y pronunciando mi llanto tan fuerte como me lo permitía mi garganta. Me sentía tan humillada, tan destrozada por dentro... Era una ilusa, una estúpida que creía que su vida alcanzaría toda felicidad al desposarme con Andrew. Mas, aquel matrimonio seguramente no tendría amor por parte de la otra persona y la felicidad no estaría presente entre ambos. Me ardía la garganta, me quemaba como si el dolor que desprendían mis sollozos estuviera cargado de espinas.

Un grito rompió aquel silencio descrito al principio, desgarró el aire y me obligó a reaccionar. Parecía el grito de una mujer, un ruido que se difuminó y fue inundado por el agarrotado silencio. Me incorporé de golpe, sorbiendo por la nariz y limpiando mis lágrimas con la punta de mis dedos, no podía permitir que me vieran de aquella forma. Caminé con velocidad hacia la procedencia del grito, atravesando los caminos del amplio jardín trasero de la mansión. La única luz existente era plateada, creada por la luna. Iluminaba pequeños fragmentos del suelo, dibujando sombras sinuosas al rededor de mí; las cuales me perseguían y me obligaban a sentirme observada constantemente. Escuchaba pasos alejándose y aproximándose hacia mi posición. De repente, una sombra oscura y voluminosa corría hacia mí, ondeando su vestido y girando su cabeza. La luz la iluminó, se trataba de Charlotte. Tornó su rostro y se sobresaltó al encontrarme delante de su presencia.

-He...oido un grito...-. Me temblaba la voz, tras mi sollozo. Me dolía al pronunciar las palabras.

-Es-observé su rostro, estaba empapado y sus ojos permanecían hinchados y rojizos, había llorado también-...es...Anabeth...-. En ese mismo instante todo su ser se desmoronó y rompió a llorar como nunca lo había hecho, suspirando de sufrimiento.

Me jaló la muñeca y estiró de mi cuerpo, arrastrándome por un camino formado por los arbustos verdosos que creaban el jardín de la mansión. Se paró en seco segundos más tarde, señalando con su dedo índice un cuerpo yaciente el cual respiraba difícilmente. Ese cuerpo pertenecía a Anabeth, de este brotaba un líquido denso y oscuro desde una herida de su abdomen. Sus ojos estaban abiertos ampliamente, su mirada completamente perdida en un punto lejano al de los mortales, como el

Señor Scarlett. Estaba muerta. No podía creer los sucesos de aquella noche, todo esto era un sueño, un mal sueño, una pesadilla demasiado real. No supe cómo reaccionar ante aquello, estaba muerta y yo era incapaz de llorar su muerte, me había quedado petrificada con las plantas de los pies ancladas al suelo. ¿Qué debía hacer?

Charlotte comenzó a zarandarme, a clavar sus uñas en mis brazos y moverme en mi sitio, gritando mi nombre, gritando varios nombres, gritando varias cosas que estaban confusas en mi mente, exceptuando la última.

-Ha sido una mujer...ha sido una mujer enmascarada...también ha intentado matarme y yo...salí huyendo-. Se le quebró la voz y se transformó en un delgado hilo gélido.

Unos pasos se escuchaban detrás de mí, mas, fui incapaz de desplazarme para ver de quién se trataba. ¿Por qué estaba Anabeth muerta? No entendía nada de esto, ¿Por qué el Señor Scarlett también lo estaba? Charlotte me soltó las extremidades y pronunció el nombre de su hermano con demasiado dramatismo. A lo que a su vez lo acompañó un grito empapado de sufrimiento, de tristeza, de...muerte...Josh estaban arrodillado frente a su difunta prometida, besando su pecho, hundiendo su rostro y su llanto en este. Lloraba más de lo que le permitía su ser, lloraba tanto que no sabía como cesar. Yo, yo estaba petrificada...estaba en shock. Charlotte continuaba intentando sacarme de mis pensamientos, sin embargo, yo no podía salir de ellos.

-Silvie, ¡Silvie! Decid algo ¡Por Dios, os lo suplico, decid algo!

Aquel baile de máscaras acabó antes de lo previsto, acabó por culpa de la muerte, de la infidelidad, de la tristeza, del sufrimiento y el dolor. Acabó y punto, acabó como mi relación con Andrew. Después de aquello la policía acudió, acudió el mismo inspector que cogió el caso del Señor Scarlett. Realizó una serie de preguntas a cada uno de los invitados del baile, entre ellos Charlotte, la cual describió a la asesina como pudo, como le permitieron las sombras de su recuerdo. Al siguiente día, todos los familiares Donnaldson del pueblo acudimos al entierro de Anabeth. Joshua permanecía bastante callado, sin moverse, sin pronunciar palabra, estaba destrozado. Amaba a Anabeth muchísimo, tanto como ella lo amaba. No sabía si la asesina de Anabeth tenía algo que ver con la del Señor Scarlett o nuestros padres, en cambio, esperaba encontrarla y acabar con su vida del mismo modo que acabó con la de mi amiga. Juré apaciguar mi tristeza, juré apaciguar la de Josh y Charlotte.

Capítulo 13

Habían pasado varios días desde la muerte de Anabeth. Tanto Charlotte como Josh estaban destrozados, sin embargo, el más afectado fue Robert Joshua. Se asemejaba a un espectro buscando la luz que lo llevase al cielo, un espectro perdido y sin rumbo alguno. Debido a ello tuve que continuar sola con mi investigación. Intenté sacar hipótesis del guante de Charlotte. No era capaz de asesinar a nadie, además, el asesino, asesina o asesinos seguramente habrían asesinado a mi antiguo tutor por husmear donde no debía hacerlo ya que los documentos habían desaparecido. Pensé que quizá la policía tuviera una copia de esos documentos, no había meditado en esa opción. Habían sucedido tantas cosas.

Ese mismo día, permanecía en la biblioteca totalmente sumergida en la novela Robinson Crusoe, que me resultó interesante desde que la encontré en esta habitación. Estaba rodeada de un silencio en el cual los escritos del protagonista circulaban e hilaban lentamente. Pobre hombre, solo durante dieciocho años, alejado de la sociedad, alejado del amor, alejado de todo. Quizá yo también debería naufragar y disfrutar de la soledad.

Pasaron las horas y continué leyendo hasta que percibí el ruido emitido por unas botas en contacto con la madera del suelo. Alcé la vista, descubriendo una figura andante hacia mi posición, sentada de una forma sumamente cómoda en el sillón del Señor Donaldson (padre). Joshua caminaba hacia mí con los brazos guardados tras su espalda, sus pupilas se centraban en varias estanterías estudiándolas con cuidado y con la expresión fría, completamente serio, tal y como lo vi al llegar aquí el primer día. Durante varios segundos no se percató de mi presencia, o fingió no sentirla, finalmente sus ojos pálidos se hundieron en mi mirada. Aquella mirada me resultó sumamente intensa, de la misma forma que la noche de nuestra pasión, una mirada que no podía evadir jamás. Ya la tenía clavada en mi pecho. Sentí como mi corazón se aceleraba y golpeaba mi pecho con furia, a su vez noté esa misma punzada que solía estallar dentro de mis entrañas. Me quedé sin respiración, me quedé petrificada y ensimismada. ¿Por qué era tan hermoso? ¿Por qué tenía una forma tan grácil de caminar y acercarse a mí? Súbitamente un estruendo me despertó y me vi obligada a ver de dónde procedía. Bajé los ojos al suelo y descubrí la novela abierta, besando la madera.

-Señorita Wells-. Dijo con una voz dura.

Elevé mi cabeza en su dirección.

-Señor...Donaldson...-. Murmuré casi suspirando.

Se aclaró la garganta con el puño delante de sus labios. Finalmente arqueó una ceja y se paró en seco delante de mí. Tuve que alzar mucho más mi cabeza para contemplarle los ojos.

-Hace varios días, la noche de la muerte de...-se calló durante unos segundos y pestañeó expulsando el aire temblorosamente-
...mencionasteis que habíais encontrado una nueva pista con relación al homicidio de Thomas Scarlett. ¿De qué se trataba?

-Eh...resulta que...Charlotte perdió uno de sus guantes de cuero. Al mostrármelo, me percaté de que se trataba de un guante casi exacto al de la escena del crimen.

-¿Esa es vuestra única pista?-. Subió una de sus cejas.

-Si...mas, me pareció de suma importancia esa pista. No expreso que Charlotte sea su asesina, sino que quizá...

-Silvie-me interrumpió bruscamente, con los labios fruncidos-¿os dais cuenta de la estupidez que me estáis diciendo? No aporta nada ese guante, existen millones de guantes semejantes a ese y puede ser una casualidad que mi hermana haya perdido la pareja de su guante.

-¿Y si se lo han robado para inculparla?-. Pregunté jugueteando misteriosa.

-¡Señorita Wells por la santísima trinidad-gritó abochornado-deberíais dejar esas estúpidas novelas de misterio y reinstalaros en la realidad! ¡La realidad es donde os encontráis! ¡En la realidad el amor de mi vida ha muerto!-. Terminó bramando como un monstruo furioso.

No me gustaba su tono de voz, tampoco me entusiasmaba su forma de decirme que dejase de leer novelas de misterio. No me gustaba la realidad, era desagradable, era insufrible e inaguantable. En ella mi amor por Anabeth, por el Señor Scarlett, por Andrew había desaparecido; se había vuelto un recuerdo más, una historia de amor fallida más, un familiar más muerto, una amistad destrozada más. Estaba harta. Me incorporé de golpe, retirando la novela con el pie para aproximarme a Josh mejor. Sentía como los músculos de mi frente se tensaban por culpa de la situación.

-¿Cómo os atrevéis a hablarme con ese tono de voz? ¿Sois un caballero o un borrego? ¿O es por qué no sabéis como tratar conmigo?-contesté elevando mi tono de voz casi a punto de gritar-¿O es por qué soy de clase más baja de vos? ¿Es por eso? ¡Odio la realidad porque me ha arrebatado a toda la gente que amaba, incluyendo a vuestra prometida! ¡O pensáis que yo no sufro? No sois el único que lo está pasando mal! ¡Además, no me parece nada ridículo que el guante cuente como pista! ¡Si no queréis

participar en esta supuesta investigación puedo hacerlo yo sola, iba a ofrecer la posibilidad de ir a comisaría para buscar una copia de los documentos!

-Lo...-negó con la cabeza, quedándose perplejo-...lo siento...yo...estoy destrozado y os he usado como víctima...perdonadme por mi comportamiento tan descarado e insolente, no debe ser propio de un varón gritar a cualquier dama-. Se rascó la nuca con sus dedos gruesos.

-Mirad, no sirve como excusa, no podéis escupirme vuestro problemas y atacarme con ellos, se cómo lo estáis pasando y...

En ese momento sus brazos rodearon mis hombros y su cuerpo presionó el mío. Me abrazó con fuerza, intentando unir nuestro cuerpo en uno solo con un simple abrazo. Tenía sus pectorales contra mi mejilla, escuchando los latidos intensos de su corazón, un corazón vivo y joven. Mis brazos rodearon su cintura y me estreché contra él. Cerré los ojos, disfrutando de aquella sensación tan extraña. Una punzada nació en el centro de mi estómago, ramificándose de forma calorífica por todas mis entrañas. Era tan dulce aquella posición, tan delicada, tan, tan...me gustaba estar cerca de él, me gustaba aspirar el aroma de su cuerpo masculino, sentir sus pectorales en mi rostro carnoso. Giré mi cabeza, colocando suavemente mi boca contra su clavícula marcada en su chaqueta negra. Disfruté de su olor corporal, de su alma en pena. Notaba toda su tristeza aferrándome. Finalmente presioné mis labios en aquella zona y la besé delicadamente, después solté y posicioné mi frente en ese mismo lugar y respiré hondamente.

No supe cuanto duró esta posición, mas, no deseaba que cesara jamás. Me sentía segura, fuera de todo peligro y de toda tristeza, como si estuviera situada en otro mundo lejano al nuestro. Supe en ese mismo momento que lo amaba más que a nadie en el mundo, incluso más de lo que continuaba amando a Andrew.

-Silvie-susurró-, sois tan dulce-. Terminó diciendo mientras su pómulo se acomodaba en mi cabeza.

-Y vos sois tan...

-¿Silvie? ¿Robert?-. Dijo una voz que pude reconocer en seguida, Lady Donaldson.

Ambos nos separamos bruscamente, observando con amplios ojos a Lady. Ella estaba con el ceño fruncido al descubriarnos en semejante situación. Llevaba ese precioso vestido negro con encaje que solía hacerle parecer más adulta de lo que aparentaba.

-Os he estado buscando por todas partes, mis niños. He de deciros que se han cerrado las investigaciones del Señor Scarlett y de Anabeth...

-¡¿Qué?!-. Vociferamos Josh y yo a la vez.

-Si.

-Pues debo informarme sobre ello en comisaría-. Dijo Robert Joshua.

Lady pestañeó varias veces intentando decir o comentar algo para su hijo mas, cerró la boca y junto ambas manos haciendo coincidir sus dedos.

-Robert, haced lo que queráis ya tenéis la edad adulta y podéis actuar de forma coherente.

Lady se dio la vuelta y caminó con sus tacones hacia la salida.

-Ya tenemos excusa para acudir a comisaría-. Comentó guiñándome un ojo.

Capítulo 14

Josh y yo nos presentamos frente al comisario de la policía esperando que pudiera presentarnos una copia de los documentos robados. Se trataba de un hombre delgado y alto, semejante a un buhitre. Poseía una espalda encorvada y un cuello sumamente largo, su nariz se torcía levemente siendo aguileña.

-Así que sois, el Señor Donaldson y la señorita Wells y queréis una copia de los documentos de las muertes de sus progenitores.

Ambos asentimos.

-Resulta que un hombre, ahora muerto, nos pidió esos mismos documentos figiendo ser un grandísimo inspector. Resulta sospechoso-. Se frotó con sus dedos la barbilla cubierta de vellos cobrizos.

-Lo contraté yo-mentí-ya que si acudía aquí siendo mujer se me rechazarían semejantes documentos.

-Continúa siendo sumamente sospechoso.

-¿Puede al menos entregarnos una copia? Queremos corroborar cierta información-. Pronunció Josh con educación.

Arqueó una ceja rascándose la nuca con las yemas de los dedos. Luego volvió a mirarnos.

-Bueno, de acuerdo.

Introdujo la mano en uno de los cajones de su escritorio, de este sacó una carpeta. Se la entregó a Josh y nos marchamos a casa.

Nos encontrábamos sentados frente al escritorio de Robert Joshua, admirando la carpeta. Deseaba abrirla ya, deseaba descubrir lo que se encontraba en su interior. Sus dedos lo desvelaron. Apareció un fina montaña de papeles llenos de letras y parrafos, mas una pequeña hoja de libre superaba todos los papeles. En ella había escrito SOSPECHOSOS y varios nombres.

Ex Inspector McCarter

Viuda Rutherfor

Señor Alan Gognon

Señora Queen

Los hermanos Frankson

Lady Hurtfield

Sir Oldfield

Lady Donnaldson

-¿Por qué está vuestra madre como sospechosa?

Josh arqueó una ceja y tomó el papel para leerlo con mayor atención. Yo tampoco lograba entenderlo, aunque por otro lado encajaba, Lady Donnaldson nunca mencionó el asesinato de mis padres y de su marido.

-No...no lo entiendo... es demasiado extraño-. Murmuró para si, Josh.

-Creo que deberíamos hablar con los sospechosos por orden-. Le dije a Josh con intención de averiguar más.

Asintió y se levantó de su escritorio.

Capítulo 15

Al día siguiente se nos ocurrió visitar a un número de los sospechosos, esperando encontrar respuestas al misterio, respuestas sobre las diversas muertes. No sacamos nada en claro exceptuando ciertos chismes relacionados con el Señor Queen y la dueña de prostíbulo del pueblo. Hablamos con el ex Inspector McCarter el cual estaba colocado como sospechoso por ser la última persona que conversó con mis padres y el Señor Donaldson.

Mencionó que horas antes de la muerte del Señor Scarlett vio a Lady Donaldson transitando por la calle con su carruaje.

-Diría yo-comentó el Ex Inspector-que Lady Donaldson había visto a un muerto. Me resultó sospechoso y como antiguo Inspector de policía quise saber qué hacía vuestra madre allí-. Se dirigió a Josh-. Hablé discretamente con el cochero y este mencionó que había visitado la mujer a cierta gente poco deseada en este pueblo.

-¿Quién?-. Pregunté inclinándome hacia el hombre.

-Al hermano mayor de los Frankson. Lleva unos años dedicándose al contrabando de personas. Fue mi última investigación antes de mi abandono. Descubrí que se dedicaba a la compra y venta de niños huérfanos ingleses gracias a pruebas, las cuales desaparecieron de mi casa, por lo que no pude declararlo culpable-. Dijo con un tono amargo en la voz.

-Vaya-repuso Josh con la misma amargura que el Ex Inspector-. ¿Y qué creéis que mi madre hacía con ese rufián? Me resulta inconcebible que tengan algún tipo de relación.

-¿Y si está investigando también lo que sucedió realmente?-. Le contesté intentando que Lady no fuera demasiado sospechosa.

El Ex Inspector arqueó una ceja al ver las expresiones de nuestros rostros.

-¿Lo que ocurrió realmente? ¿No sabíais que el matrimonio Wells y el Señor Donaldson fueron asesinados?-. Preguntó arrugando la nariz y el hueco entre ambas cejas.

-El Señor Scarlett-comencé a decir-me informó hace poco de que mis padres y el Señor Donaldson pudieran haber sido asesinados, más tarde Thomas fue asesinado.

Se frotó la barbilla barbuda con sus dedos índice y pulgar, contemplándose con un atisbo de curiosidad e interés.

-Conforme me dais mayores detalles, querida, hacéis que Lady Donnaldson quede como sospechosa. El no contaros la verdad es sumamente inquietante, aunque por otro lado quizá lo hiciera para protegeros de la realidad y permitiros vivir felices en la ignorancia.

Estuvimos otra hora parloteando con él sin sacar conclusiones a nada. No encajaban datos, faltaban pruebas y varios de los sospechosos habían fallecido, quizá era hora de hablar con Lady Donnaldson y saber por qué nos había ocultado las cosas.

Cuando ambos llegamos a casa dejamos la copia de los documentos en un cajón del escritorio de Josh. Lady Donnaldson se encontraba en sus aposentos descansado un poco los ojos, se la escuchaba cantar un lied sin la melodía de acompañamiento de un piano, disfrutando de cada una de las notas que emergían de su garganta anciana. Quisimos acercarnos a sus aposentos mas, algo me frenó.

-Señorita Wells-se aproximó a mí una sirvienta-, tiene una carta.

La jalé con los dedos y estudié el nombre del autor o la autora. Señor Andrew Blackvalley. Me sentí tremendamente insultada al recibirla. Después de aquello me manda una carta, resultaba tan insolente tan ultrajante. Sin embargo, la abrí, deseaba saber por qué la había enviado:

<<Querida Señorita Wells:

Buenas noches, os escribo desde Viena.

Os pido disculpas por todo el daño que os haya causado. Debí ser sincero desde el principio e impedir que vuestros sentimientos fueran más allá de lo que tenían que ser. Quizá la compañía de las mujeres para mí no era la más adecuada, mas, necesitaba formar una familia para dar ejemplo en mi empleo y como comprenderéis no está bien visto el tipo de familia que yo busco, lo consideran casi una blasfemia. Cuando vi vuestro rostro pensé "quizá ella no lo vea así..." mas, ya no lo sabré nunca.

No será esta la carta más corta que haya escrito en mis pocos años de vida. En cambio, si será la que utilice para disculparme tantas veces como sean necesarias. Sé que os causé dolor, sé que no debí haberos besado, sé que no debía haber hecho semejante estupidez. Cuando os conocí me sentí tan sumamente cómodo cerca de vos, tanto que casi os llegué a amar tanto como el hombre al que amo ahora mismo, debido a eso pensé

en la posibilidad de besaros e intentar amaros mientras amaba a un hombre en secreto y bajo vuestro consentimiento.

Perdonándme por mi osadía, os permito que me repudiéis tanto como os sea conveniente.

Andrew Blackvalley.>>

Me quedé petrificada al leer aquella carta.

En el fondo me sentía tan culpable por haberle odiado durante todo este tiempo. ¿Cómo podía enfadarme con aquella excusa? Espero que él sea capaz de perdonarme a mí por mi forma de haberle tratado después del descubrimiento de su amante.

-Habéis llegado por fin-. Dijo Lady Donnaldson aproximándose desde el pasillo hacia nuestra posición-¿Dónde estábais?

Tragué saliva, teníamos que hablar con Lady Donnaldson sobre lo que nos contó el Ex Inspector McCarter. Josh carraspeó colocándose el puño delante de sus labios y comenzó a hablar.

-Madre-inquirió Joshua-tenemos que hablar sobre algo, es muy importante...

-No-espetó Lady sacudiendo sus manos-, esta noche hay un baile en honor a Charlotte y su prometido Aiden. Tengo que organizar de nuevo la casa y el salón de baile, por lo que ambos debéis arreglaros cuanto antes.

-Madre...

-Venga-. Cortó Lady Donnaldson empujando nuestros cuerpos hasta las escaleras.

Finalmente llegó la noche y me arreglé con mi mejor vestido, blanco y liso el cual estaba adornado con flores diminutas y pálidas por mi pecho y mis brazos delgados. Mi cabello estaba recogido hacia arriba con dos colgantes de perlas, ornando mis orejas con dos pendientes de diamantes que me regaló Charlotte cuando fuimos a comprar junto a Anabeth. Rememoraba aquel día como las sonrisas de la difunta prometida de Joshua, se amaban tanto. Amor, amor, era lo único que escuchaba últimamente. ¿Por qué yo no conseguía amor?

Capítulo 16

Descendí por las escaleras ya completamente arreglada y maquillada. Observé desde mi posición a Charlotte aferrada del brazo de Aidan, el cual continuaba pareciéndome un tanto sospechoso al saber mi nombre, y Josh. Todos ellos permanecían conversando y riendo sobre algo en particular, hasta que los ojos de mi querida Charlotte rodaron en mi dirección. Comenzó a abrir su boca ampliamente conteniendo un grito de sorpresa. Aidan me estudió de todas las formas posibles, sin embargo, su semblante continuaba frío cual mármol agrietado. Josh no se percató de las miradas de las personas con las que parloteaba sin parar, continuaba sonriente desviando sus pupilas hacia el resto de los invitados.

-Estáis preciosa-vociferó Charlotte-, jamás os había contemplado tan bella, Silvie.

En ese instante, Robert Joshua, torció su cabeza al percibir mi nombre con sus oídos musicales. Aquellos ojos claros que poseía me analizaron, obligando a sus labios a borrar su antigua sonrisa. Pareció perplejo, casi estupefacto. No sabría cómo describir aquel reflejo de sorpresa en su rostro, jamás lo había visto tan sumamente embobado. Durante mi trayecto hacia el final de la escalera sus pupilas no se desviaban de mí. Cuando alcancé la meta Josh apenas tenía respiración, se asemejaba a un niño que contemplaba con adoración un pastel de fresa. Charlotte atisbó a su hermano. Frunció el ceño ante tal expresión.

-¿Robert Joshua?-. Preguntó ella.

Sin embargo, continuaba examinándome de arriba a abajo sin dejar de admirar mis ojos con los suyos. Nuevamente aquella punzada en mi estómago emergió de la nada, empujada por el alma de Joshua. ¿Cómo podía hacerme sentir de aquella forma? ¿Cómo lograba detener mi respiración y los latidos en el interior de mi pecho? ¿Cómo lograba hacerlo? Lo veía tan sumamente bello, con su cabello dorado peinado hacia atrás, su traje negro y sus brazos guardados tras su espalda. Súbitamente una comisura de sus labios se curvó, creando dos pequeñas arrugas en la mejilla.

-¿Qué tal la...tarde?-. Me preguntó Joshua. Hace dos horas que no nos veíamos, ¿a qué venía la pregunta?

-¿Y vuestros modales, Robert, no vais a decir lo preciosa que va la Señorita Silvie?-. Pronunció Aidan con voz grave.

Se le escapó una risa un tanto tímida. Su sonrisa resurgió tan pueril como

de costumbre, tan tierna, tan dulce.

-Eh...Silvie vais-se aclaró la garganta mientras se apretaba las manos y se peinaba el cabello-...preciosa-. Al pronunciar aquella última palabra soltó todo el aire que parecía estar reteniendo.

-Gracias, Señor Donaldson.

-¿Me permite un inocente baile, Señorita Wells?-. Intervino Aidan.

Charlotte se extrañó al escuchar aquello en las palabras de su prometido. Este encontró ese atisbo de extrañeza en el rostro de su prometida. Le susurró algo al oído y ella asintió sonriente. Se dieron un largo e intenso beso. Después Aidan me aferró del brazo y me estiró hacia el salón de baile, donde sonaba una música dulce y celestial cantada por un grupo de violines y violonchelos. ¿Por qué querría llevarme a bailar?

-¿Y esta osadía delante de vuestra futura esposa?-. Pregunté colocándome delante de él para bailar.

-Para conversar como dos adultos-. Respondió esbozando una sinuosa sonrisa oscura.

-¿Sobre qué?

-Una dama no debería hacer tantas preguntas, los hombres somos estúpidos e incapaces de responder tantas preguntas a la vez-. Bromeó.

Bailábamos cambiando de pareja y separándonos hacia un lado y hacia el otro. Volvimos a juntarnos y la conversación comenzó a fluir.

-Se lo que estáis investigando junto a Robert Joshua y no deberíais hacer semejante locura-. Comentó con tono de advertencia.

-¿Locura? No es una locura saber la verdad.

-Claro, mas, si los medios para averiguarla. Escuchad-se inclinó hacia mí, susurrándome al oído-, dentro de esta sala hay dos individuos que saben lo que hacéis ambos y posiblemente os maten aquí mismo.

-¿Cómo pueden saberlo?-. Me aparté bruscamente de él, aterrorizada.

-A través de una persona que en este momento no está dentro del salón.

Estudí a la gente que había dentro de la sala. No podía saber en este mismo momento quién podría faltar, había demasiada gente dentro.

¿Quién podría faltar? Negué con la cabeza y continué hablando con Aidan.

-¿Cómo conocíais mi nombre?-. Le pregunté frunciendo el ceño.

Se rió brutalmente delante de toda aquella gente.

-Os voy a contar un secreto-se acercó nuevamente hacia mí girando en el baile-, soy espía de la reina. Antes de morir vuestro padre, le escuché hablar con la reina Victoria sobre un destrono. No sabíamos de quién se trataba mas, los Señores Wells y Donnalson conocían información sobre todo el plan. La reina me envió aquí para poder averiguar quién fue y por desgracia solo conozco quienes están involucrados y quién podría estar ayudándolos.

-¿Quiénes?

-Los hermanos Frankson, el que más el hermano mayor, Elton. Al parecer es ilegal el tráfico con niños Londinenses y ellos se dedicaban a ello. Ahora son ayudados por...

En ese mismo instante un fuerte viento invadió toda la mansión, apagando la luz de las velas y dejándonos a todo el mundo en la absoluta negrura. Súbitamente aferraron mi cintura y me golpearon el cráneo de la forma más violenta posible. Sentía el quemazón del golpe, sentía como mi cuerpo se dejaba caer y las voces de la gente se hacían susurros y sonidos casi inaudibles, a su vez mi dolor comenzó a deslizarse por el aire y desaparecer de mi cabeza.

Capítulo 17

JOSHUA.

Me aferraron del traje, empujándome contra la pared. Sentí el tacto duro de esta contra mi espalda, notando como cada una de mis vértebras comenzaban a resquebrajarse. Los rayos de la luna que se filtraban por la ventana desvelaron el cuerpo de un ancho y tosco de hombre, su rostro reflejaba la ira de un demonio. ¿Quién era ese individuo y por qué me había cogido? Estaba quieto delante de mí, con las manos guardadas en sus gruesos dedos peludos.

-¿Quién sois?-. Pregunté con la respiración rauda.

-El hombre que os asesinará.

Súbitamente se aproximó hacia mí. Incrustó su hombro en el centro de mi estómago, obligando a mis órganos escalar la garganta como podían. Ahogué un grito de dolor. Después el hombre se alzó y hundió sus nudillos en mi pómulo derecho, segundos más tarde con el otro puño golpeó mi otra mejilla, causándome un daño que jamás había experimentado. Sentía un ardor intenso en todo mi rostro, casi entumecido. Anclé la rodilla en su abdomen, haciendo que su cuerpo se encorvase. Luego ambos puños penetraron su rostro todas las veces que le resultaba posible. Sin embargo, su codo partió mi labio y sacudió mi boca varias veces. Ya no notaba mi rostro, estaba dormido y golpeado.

En ese instante se proporcionó a su mismo un cuchillo. Su brazo se alzó en el aire para sumergirse en el interior de mi pecho. Mas, se quedó parado en seco, con la boca abierta formado una extraña O y su brazo aún en lo alto. El cuchillo se precipitó contra el suelo, al igual que el cuerpo del hombre que estuvo a punto de asesinarme. Se descubrió el cuerpo de otro, tenía otro cuchillo entre sus dedos, con la hoja cubierta de sangre que goteaba y caía sobre el muerto yacente. Era Aidan.

-¿Qué ha pasado?-. Pregunté.

-Van a quemar la mansión de un momento a otro...

-¿Dónde está Silvie?-. Pregunté de nuevo limpiándome la sangre de los labios.

Aidan se quedó petrificado, con el rostro mostrando una expresión de "no sé dónde está Silvie". Intentó decir algo al respecto. En ese momento mi oído percibió unos gritos procedentes de alguna parte. No supe por qué mas, mis sentidos me dijeron que era Silvie. Corrí fuera del salón, ahora vacío de gente. ¿Dónde se habían ido? Encontré una multitud de personas

en la entrada de la mansión, saliendo despavoridas por la puerta. Por mi parte, yo ascendí las escaleras observando como de mi habitación se escapaban llamas rojizas como el rostro de Lucifer. Mierda, los documentos. Acelaré mi paso, sin esperar a Aidan o si quiera buscar a mi madre y mi hermana. Silvie era lo primero que se cruzaba por mi mente desde que regresó.

Accedí a mis aposentos descubriendo la habitación completamente en llamas. El humo de estas se introducía por mis fosas nasales, como reacción tosí varias veces. Por ello tapé mi boca y mi nariz con mi brazo. Los gritos de Silvie comenzaban a apagarse lentamente, procedentes del armario vacío de mi difunto padre. Estaba atrancado con una barra metálica en el interior de ambos enganches para abrir las puertas. Con todas mis fuerzas intenté arrancarla de ahí, intenté sacarla, posicionando mi pie derecho en el costado del armario, estirando y estirando hasta que salió disparada con mi cuerpo delante. Después de aquello abrí las puertas del armario, descubriendo a Silvie con el rostro empapado y manchado de negro. La acuné en mis brazos tosiendo y sintiendo el calor ardiente de las llamas. Podía saber lo que era el infierno, gracias a esto.

Golpeé la puerta de mis aposentos con el pie. Ahora toda la mansión se cubría de llamas. El techo comenzaba a derrumbarse, ardiendo. Ignoré aquel fuego que existía en la zona y corrí llevando a Silvie sobre mis brazos. Salí tosiendo de la mansión, encontrándome con un pequeño número de personas. Entre ellos Aidan, mi hermana y mi madre.

Aidan se aproximó para ayudarme con el cuerpo de Silvie.

A la mañana siguiente descubrimos que había muerto mucha gente a causa del incendio, entre ellos el asesino de mi padre y los padres de Silvie. El inspector nos comunicó que el hermano mayor de los Frankson se encargó de ello hace años porque habían descubierto su plan para destronar a la reina y así poder garantizar la compra-venta de niños de Londres. Sin embargo, había algo que no cuadraba. ¿Por qué mi madre fue a verlo ayer entonces?

Capítulo 18

De nuevo SILVIE.

Ya no teníamos los documentos, ya no teníamos nada y a mí me habían encerrado en un armario dentro de una habitación en llamas. El asesino de mis padres y del Señor Donnaldson seguía sin salir a la luz, además había muerto uno de los hombres que teníamos como sospechoso ¿por qué Lady Donnaldson fue a verlo? No lo comprendía. Por el momento solo nos quedaba su hermana y preguntar a Lady Donnaldson porqué asistió a la trabajo del muerto.

Estaba sentada en la hierba, observando con interes la mansión ahora cubierta de cenizas, con las paredes grisáceas y resquebrajadas. ¿por qué incendiarla? No llegaba a entender nada de lo sucedido. En ese mismo momento Josh se sentó a mi lado cruzando ambas piernas con delicadeza.

-Veo que estáis mejor-. Comentó mirando al cielo azul claro.

-Si...estoy viva...gracias a ti lo estoy-desvié sonriente mis pupilas hacia Robert Joshua-, ¿cómo supiste que era yo?

-Tus gritos...recuerdo aquella vez que de pequeña te quedaste encerrada en una habitación de esta casa y tuve que rescatarte escuchando tus chillos. Gritabas y llorabas muy asustada.

Sonreí al escucharle.

-¿Sabéis dónde está Aidan? Durante el baile tuvimos una conversación y no terminó.

-Eh, creo que marchó junto a Charlotte a Londres para olvidarse de todo.

-Oh, vaya...

-Silvie, es el prometido de mi hermana, no deberíais juntaros con él de semejante forma. Quedáis como una completa fulana, como una mujer de vida alegre que está dispuesta a bailar con hombres desposados.

-¿Qué?-pregunté indignada-. Yo no quiero nada con él, ni siquiera me resulta agradable. Además no os debería importar tanto con que hombres decida bailar, un baile es sumamente inocente, querido Josh.

-La verdad, debería serme de cierta importancia semejante asunto, si llegáis a bailar dos veces más con él sería adecuado que os desposara

Aidan.

-¿Y vos creéis que yo soy tan estúpida y alcanzaría el límite de bailes que desea la sociedad para una mujer con un único hombre?

-Si, lo creo.

Me levanté furiosa de la hierba. ¿Cómo se atrevía a insultarme? Maleducado y engreído. Estúpido e insolente. Odiaba a Robert Joshua desde el primer momento que llegó a mi vida. Quise decir algo para soltar la ira de mi cuerpo y entregársela a Josh, mas, contuve la respiración y solté un bramido escamoso. Él se incorporó, despejando la hojas diminutas y verdes que se asentaban en su vestimenta al ver la expresión en mi rostro. Frunció el ceño e intentó pronunciar palabras con sus labios hasta que alcé la mano para que no pudiera decir nada al respecto.

Me alejé de él, aproximándome al jardín. Era la única parte de la mansión que no se había desintegrado con las llamaradas del fuego. ¿Quién habría sido el causante de aquella atrocidad? Había muerto gente ahí dentro y el resto de supervivientes vivían asistidos por el terror de aquella noche. Súbitamente, atravesando la esquina que formaba la casa, descubrí la figura de una mujer vestida de negro. Al verme guardó un suspiro y echó a correr lejos de mí.

-¡Eh! ¿A dónde vais?-. Pregunté persiguiéndola entre los árboles del jardín.

Varios minutos más tarde tras correr hacia ella, desapareció. Se había borrado de mi vista como un fantasma oscuro y sinuoso. Me paré en seco y suspiré de frustración. ¿Quién era esa mujer de negro? El vestido me resultaba tan familiar, tan reconocido por mis ojos. Se asemejaba al vestido que llevó mi madre tras la muerte de su querido padre, pero claro, podrían existir modelos parecido a ese y no haberlo robado del ropero de mi madre. Hace años que nadie pasaba por la casa. Por curiosidad, tras haber visto ese vestido, pensé en registrar mi antigua casa para corroborar el robo. Era imposible que lo hubieran robado mas ¿y si lo hubieran hecho?

Capítulo 19

Días más tarde partí, sola, sin la compañía de Josh, ya que estábamos enfadados, hacia el pequeño pueblo donde vivía anteriormente con mis padres.

El carruaje paró secamente delante de las verjas lujosamente decoradas de mi hogar. Me pertenecía, en el testamento de mi padre estaba escrito que la casa finalmente se me otorgaría a mí, la hija primogénita, sin embargo, no pude dotarla de todo el cuidado que merecía. Bajé cuidadosamente el escalón. Mencioné al conductor que estacionara allí hasta que saliera de la casa. Así que me adentré en ella.

Continuaba de la misma forma, del mismo modo, aunque ahora estaba ornada con telas de araña pálidas como las paredes. Los jarrones comprados de China por mi padre continuaba expuestos en cómodas las cuales formaban el pasillo alfombrado hacia las escaleras. Ascendí por ellas, contemplando los cuadros pintados por mi madre. Nuestra familia no había gozado de las múltiples riquezas que otras personas tenían, por lo que, los adornos y cuadros estaban hechos por mi madre o comprados en otros países por mi padre. Atravesé un minúsculo pasillo que llevaba a la habitación de mis padres, con la puerta entre abierta, dejando pasar un hilo de luz hacia mi posición. Entré en ella.

Para mi sorpresa, todo continuaba estando como debía. Lo había imaginado todo. Nadie había robado el vestido de mi madre. Sin embargo, existía algo en esa sala que me provocó un escalofrío. Sobre la cama yacía un guante de cuero negro, exactamente igual al que había en la escena del crimen del Señor Scarlett. No podía ser. ¿Vivía alguien aquí sin permiso? Se necesitaba una orden judicial para poder habitar en mi casa. Quizá ya tenía esa orden, mas, se me debía haber informado de eso. Pensé en ese instante, que la persona que vivía aquí podría ser una mujer y haberse estado poniendo los vestidos de mi difunta madre.

Abrí ambas puertas del vestidor y... faltaba el vestido negro. La mujer del jardín, estaba completamente segura de que era ella, pero ¿cuál era su nombre?

Me coloqué sobre el carruaje, ordenando al conductor que me llevara a la comisaría de este pueblo. Llegamos en menos de cinco minutos y pude acceder a la información que buscaba. Un hombre joven estaba introduciendo sus dedos en varios archivos de un cajón, se paró al encontrar el que tanto buscaba.

-Bien-comentó hojeando el archivo-, aquí está. La Señora Hatterman, se había quedado sin casa tras un incendio y le permitimos estar varias

semanas alojada en su casa hasta que pudiera encontrar una.

-De acuerdo, ¿y no podrían haberme informado del tema?

-La informamos al respecto-alzó la mirada hacia mí-, ¿sois Lady Donaldson no?

Regresé en cuanto tuve tiempo a el pueblo de mi infancia, tenía que mantener una conversación con Lady Donaldson. El hombre de comisaría me informó que, tras la muerte de mis padres, la casa le pertenecía a ella y no a mí. No comprendía nada de todo este asunto. Lady Donaldson hablando con el muerto Señor Frankson que intentó asesinar a Robert Joshua, el que Aidan estuviera investigando este caso por orden de la reina de Inglaterra. ¿Qué había detrás de todo esto?

Encontré a Robert Joshua hablando con un policía. Me aproximé rauda.

-¿Dónde se encuentra vuestra madre?-. Pregunté cortando la conversación.

Robert se volvió arqueando una ceja.

-Me dijo que había ido a visitar la casa de vuestros padre con vos...

-¿Qué? Josh aquí está ocurriendo algo muy extraño.

El policía se marchó guardando la agenda donde apuntaba todo lo que decía Joshua.

Josh y yo volvimos al hotel donde estábamos alojados tras el incendio y comencé a hablar con él sobre todo esto que me resultaba muy extraño.

-He ido a mi antigua casa y resulta que hay alguien ahí viviendo, una mujer que solo tiene un guante de cuero y es exactamente igual que el que había en la escena de crimen del Señor Scarlett. Y vuestra madre permitió que estuviera viviendo allí.

-Suenas bastante sospechoso.

-Además, Aidan me contó que era un espía mandado por la reina Victoria para investigar el asesinato de mis padre y el vuestro, y que conocía a los

involucrados en ese asesinato.

-¿Quiénes?

-Los hermanos Frankson sobretodo el mayor, Elton, el que intentó asesinarte. Resulta que se dedicaba al tráfico de niños de Londres y la reina no lo aprobaba. Aidan me dijo que conocía quién iba a ayudarlos a destronar a la reina y al parecer nuestros padres conocían ese destronamiento. Por lo que quién ayudaba a los Frankson debió de ser el asesino de nuestros padres y el del Señor Scarlett.

-Parece creíble. ¿Por eso queréis conversar con mi madre?

-Si.

-Pues lo mejor es esperar a que regrese de dónde quiera que haya ido-.
Contestó Joshua.

Capítulo 20

Estuvimos varias horas esperando el regreso de Lady Donaldson, pero nunca llegaba. ¿Dónde se encontraría? Joshua y yo permanecía sentados en contiguos sillones dentro de la misma habitación. Estaba enfadada con él por el anterior comentario y no quise mantener ninguna conversación con él, para llegar a un mismo desacuerdo mejor no pronunciar palabra.

-Silvie-comentó Josh respirando hondo-, siento haberos insultado hace varias horas. Mi comportamiento ha sido totalmente insolente y mal educado y vos no merecéis semejante trato por parte de nadie. ¿Podrías darme vuestro perdón?-. Rogó.

-¿Mi perdón? Aún no os perdoné por lo que me hicistéis hace cinco años, ¿qué os hace pensar que os vaya a perdonar por esto?-. Terminé incorporada.

Robert Joshua cambió radicalmente la expresión de su rostro por una sumamente contraria a la que tenía, arqueó ambas cejas frunciendo el ceño y sus labios. Estaba enfadado, mas, no me resultaba relevante, yo tenía mayor derecho que él a enfadarme por todo esto. Sin embargo, dejé de pensar cuando bruscamente lo tenía a menos de dos centímetros de mi cara. Una sombra se cernía sobre mí al verlo con semejante furia congelada en sus venas.

-Anoche os salvé la vida-mascullo conteniendo la rabia-de morir chamuscada. Varias veces os he tenido que ayudaros con este asunto de asesinato que ni siquiera os concierne ¿y lo único que pido de vos es un perdón y no sois capaz de dármelo?

-No tengo por qué...

-¡Claro que no-me cortó vociferando con rabia-, pero al menos después de todo lo que he hecho por vos no estaría mal permitirme vuestro perdón! ¡Porque si no tengo vuestro amor quizá vuestro perdón pueda conseguirlo! ¿O tampoco me lo vais a dar?

-¿Mi amor?

-Silvie, por la santísima trinidad, llevo enamorado de vos desde hace cinco años. Me resultó imposible impedir sentir lo que siento tras haberos visto con aquel vestido.

Me quedé perpleja y extraña. Por otro lado... yo sentía lo mismo... lo amaba. No pensé en lo siguiente que haría ya que me salió completamente involuntario. Rodeé su cuello presionando mis labios contra los suyos, cerré los ojos para disfrutar de aquel momento. Él se quedó

helado, sin poder respirar mientras mis labios se abrían y se cerraban sobre los suyos lentamente. Josh comenzó a seguir a mi boca, imitándola y colocando ambas manos sobre mi espalda. Acarició cada parte de esta, aferrando la tela del vestido con las yemas de sus dedos. Nuestro beso empezó a coger velocidad al igual que los latidos de mi corazón y todo mi ser. Mis dedos se enredaban en sus cabello dorados, aproximando su rostro más al mío uniendo nuestros labios en uno solo. Su respiración chocaba contra la mía, filtrándose por mis fosas nasales.

En ese mismo instante nuestras bocas se quedaron abiertas, tomando el oxígeno que debían tomar. Mi pecho ascendía y descendía veloz, marcando ambos pechos sobresalientes que los ojos de Robert Joshua no pudieron resistir. Repentinamente, sus labios se deslizaron por mis mejillas, por mi cuello, inundándolo de besos delicados y juguetones. Me colocó sobre la cama, continuando con sus besos por mi cuello, descendiendo por las clavículas. Yo aferraba sus cabellos con las manos, suspirando y gimiendo de placer ante su boca dulce. Sentí una punzada que descendió hasta lo que se ocultaba entre mis piernas, con hormigueos constante cada vez que sus labios se aproximaban a mis pechos.

Josh descubrió su cuerpo delante de mí, mostrando la figura de un hombre hermoso y esbelto que me miraba de una forma intensa y empapada de deseo. Veía, estudiaba y contemplaba todas sus partes desnudas, hasta la más llamativa de ellas. Comenzó a quitarme la ropa, el corset, dejando mi cuerpo como el suyo. Me miró de arriba a abajo, analizando mi ser completamente desnudo. Tragó saliva y se colocó encima de mí.

Nuestros cuerpos se unieron al son de sus gemidos y jadeos, sudando y moviéndonos a un ritmo regular uno encima del otro, cambiando de posición. Sentía todos los besos de Josh humedeciendo mi ser, mi cuello, mis pechos, mis manos, mis labios, mi cuerpo. Gemíamos y jadeábamos cada pocos segundos, centrándonos en el placer de aquella acción. Dios era magnífico, delicioso. No podía evitar gritar, incluso morder su carne y delizar mis dedos por su espalda en movimiento: hacia delante y hacia atrás, moviendo el mío de la misma forma. Que amor sentía por él en este mismo instante, de tal manera que había olvidado lo realmente importante de esta reunión. Lady Donnalson.

Finalmente, con un grito de ambos, nuestros cuerpos se separaron sobre la cama, ahora cubiertos por las sábanas de color crema. Llevaba los cabellos sueltos y todo mi ser libre por dentro. Ahora era de Robert Joshua, solamente suya y de nadie más. Y debía unirme a él por el santo matrimonio. Sus ojos y su respiración sin pausa estaban fijos en el techo. Su perfil era tan bello, tan luminoso que no fui capaz de dejar de mirarlo. Oh, mi Josh, mi dulce Josh. Comencé a acariciar sus mejillas, por lo que él rodó su rostro hacia mí. Me rodeó con sus brazos y me colocó próxima a

él.

Nuevamente nos besamos de la forma más íntima posible, dejándonos el uno al otro sin respiración.

-Os amo-. Murmuró a mis labios.

-Y yo a vos-. Lo besé respirando hondo.

Capítulo 21

A la mañana siguiente Lady Donnalldson volvió y yo la esperaba en el salón, sentada sobre uno de los sillones de su habitación.

-Oh, querida... Silvie... no esperaba encontrarte aquí...

-Lady Donnalldson ¿por qué fustéis a visitar a los hermanos Frankson el día de antes del incendio? Resulta sospechoso ya que uno de ellos más tarde atacó a vuestro hijo.

-Eh... no se de que me habláis querida-. Mintió sonriendo.

-Lo sabéis de sobra, como lo de que mi casa sea de vuestra propiedad...

-¿Habéis estado vigilándome o qué? Es una insolencia por vuestra...

-¿Vos matastéis a mis padres y a vuestro marido? ¿Fuistéis vos la que quiso destronar a la reina y os descubrieron?

Lady Donnalldson cayó de rodillas sobre el suelo, llorando duramente y ocultando su rostro tras sus manos.

-Yo no... fui... fue una mujer... una mujer que me amenazó con la muerte si alguien descubría el secreto que tan bien guardaba ella. Supo que ambos estabáis metidos en todo esto y me obligó a pedir ayuda a Elton...-. Rompió a llorar.

-¿Cómo se llama la mujer?-. Dijo Joshua, atrevesando la puerta.

-No lo sé... conozco su nombre falso, además siempre lleva su rostro tapado por un velo negro.

-Ella es la que está viviendo en mi casa ¿no es cierto?

Lady asintió apenada.

-Cuando regresó al pueblo para terminar su plan me lo pidió porque yo lo conocía. Ella asesinó a mi marido y a vuestros padres, querida Silvie. Y ahora os quiere asesinar a ambos por estar investigando su plan. No sigáis, porfavor... ella no es lo que parece, se dedica a asesinar.

Miré a Joshua, esperando que él pudiera comunicarme algo, sin embargo, no apartó los ojos de su madre. Fruncía el espacio que separaba sus cejas.

-¿Otro de los hermanos Frankson ha estado en contacto con ella ultimamente?-. Pregunté.

Ella asintió.

-Prudence, la segunda hermana mayor. Ella trabaja en la tienda de vestidos.

Capítulo 22

El siguiente plan que le había propuesto a Joshua fue, averiguar quién era la mujer que había estado viviendo en mi casa desde hace varias semanas. Conocíamos su nombre falso, mas, el verdadero no deseaba asomarse por la puerta. Otra de las opciones era comunicarle a la policía el misterio de aquella mujer, sin embargo, si lo hacíamos la vida de Lady Donaldson correría un peligro mayor al nuestro.

Pensé en hablar con Aidan y contarle a Charlotte todo esto. De momento, vigilábamos a Lady día y noche, buscando la casualidad de poder ver a la Señora Hatterman. No apareció en ningún momento. Existían dos opciones para ello, la primera: que quisiera encontrarse a solas con la madre de Robert Joshua porque conocía su confesión; y la segunda: que no supiera nada. Preferíamos pensar en la segunda opción, la más segura para Lady Donaldson.

Semanas más tarde, Aidan y Charlotte regresaron. Charlotte ya conocía la misión de su prometido y Lady Donaldson contó todo lo que nos había contado a nosotros.

-La única persona que queda y haya hablado con ella fue Prudence-. Comentó Aidan frotándose la barbilla afilada.

-Debería ir a visitarla pues-repuse yo-, de mujer a mujer la información quizá salga más fluida.

-Silvie... no es buena idea-objetó Josh-... deberíais permanecer aquí junto a Charlotte y mi madre.

Intenté articular palabras pero no salían.

-Tiene razón-asintió Aidan-, lo mejor es que cuidéis de mi futura esposa y su madre.

JOSHUA

Aidan y yo montamos en un carruaje, aproximándonos al lugar de trabajo de Prudence. Al llegar nos percatamos de que resultó ser una mujer muy amable y simpática, la cual esbozaba sonrisas a cada uno de sus clientes, sobretodo niñas. ¿Qué podría tener que ver una mujer de semejante belleza y bondad con un asesino? No tenía sentido.

Nos adentramos en la cola que existía en la tienda, colocándonos delante de la dependienta, Prudence. La recordé al instante, aquella mujer visitaba con frecuencia a mi padre por asuntos de trabajo, y se portaba

sumamente cariñosa conmigo.

-¿Puedo ayudarles?-. Preguntó sonriente.

-Por supuesto-contesté-, ¿hace cinco años participasteis en un asesinato?

Instantáneamente su sonrisa se borró, permitiéndonos ver su expresión desprevenida de asombro. Parecía atónita, contemplándonos a ambos.

-No... no se de que me habláis...-se giró sobre sus talones tras el mostrador-, yo solo trabajo... aquí.

-Prudence-intervino Aidan-, sabemos que vuestro hermano estuvo metido en el tráfico de niños y que participó en un asesinato.

Ella no dijo nada, simplemente salió del mostrador, cerrando la puerta del edificio y colocando el cartel de ABRIERTO en CERRADO.

-Lo se... y no es algo de lo que desee hablar.

-Contarnos, pues.

-Resulta que... Elton estaba ganando una masiva cantidad de Libras con la compra venta de niños y yo estaba totalmente en contra. Estuve a punto de denunciar a la guardia sus acciones, mas, él conocía mi adulterio con otro hombre y... me amenazó con comunicarlo si no participaba con él. Así que participé.

<<A su vez teníamos que acabar con la reina, por lo que Elton y con ayuda de una mujer que no podíamos conocer ninguno de los dos ya que nunca nos dijo su nombre y tampoco se mostró. Por desgracia, el matrimonio Wells y el Señor Donaldson conocían este plan... ¿cómo? No lo sabíamos.

<<Elton realizó el asesino y más tarde incendió el lugar donde se encontraban aquellas tres personas.

<<Hace una semana la mujer apareció en mi tienda con el rostro cubierto con un velo negro y un vestido oscuro, informándome que había que continuar con el plan y yo se lo mencioné a mi hermano.>>

-¿No sabríais decirnos por qué razón la mujer del velo quería ayudar a vuestro hermano?

Ella negó con la cabeza, mas, frunció el ceño dubitativa, sabía algo.

-Aunque... creo recordar una conversación de la mujer con mi hermano, decía que se destronaban a la reina podría vengarse de la infidelidad de su

marido.

-¿Infidelidad?-. Preguntó Aidan.

-Si, rememoro que su marido era un hombre rico que estaba teniendo relaciones adúlteras con una amiga suya. Nunca mencionó su nombre.

Ambos asentimos, algo era algo.

Le agradecemos su ayuda y regresamos al hotel donde se alojaban las damas de nuestros corazones. La puerta estaba entornada y solo existía silencio, uno tortuoso y siniestro que me recorría las vértebras. Ninguna de las mujeres estaban en la estancia.

Se podía observar toda la sala desordenada, tan hostil como la selva. Me percaté de que sobre la cómoda existía una hoja pintada con letras:

"Si las queréis ver con vida tenéis que venir al puerto a media noche. Únicamente debe venir Robert Joshua sin compañía y sin armas, si desea ver a su querida Silvie. En cuanto a Charlotte y Lady Donnaldson, no me sirven."

Capítulo 23

No podía ser cierto, se habían llevado a Silvie y mi madre y hermana estaban desaparecidas o eso estaba escrito en la nota. ¿Habría sido la mujer del velo negro la causante? ¿Cómo sabía mi nombre y que mi corazón era de Silvie? Negué varias veces mientras mis dedos fragmentaban temblorosos la nota. ¿Quién era el causante de toda la furia que albergaba dentro? Era tan sumamente injusto, ojalá no hubiera recibido aquella carta Silvie. Fue aquella carta la que me maldijo, la que asesinó a mi difunta prometida y la que llevó a mi familia a la desgracia.

-Tranquilo, Josh, solo tenéis que ir a la cita de media noche. Mientras yo hablaré con la guardia de la reina para espiaros y poder encontrar al causante o la causante de todo esto.

Asentí suspirando, mi Silvie, mi vida.

La media noche llegó y con ella la esperanza de poder descubrir el paradero de mi familia y de la persona que más amaba en el mundo. Caminé por las tablas de madera del puerto, divisando a lo lejos una luz pálida que mostraba un cuerpo dulce y entumecido sobre el suelo, aferrado por unas manos blancas y de uñas afiladas. Sollozaba y gritaba de dolor, por lo que me aproximé raudo hacia ella. Se trataba de Silvie, alzó sus ojos para poder mirarme, vidriosos y húmedos. ¿Pero dónde se encontraban madre y Charlotte? ¡¿Dónde?! Mi amaba se incorporó con dificultad y me rodeó el cuerpo con sus brazos tímidos y delgados. Yo presionó mi cuerpo contra el suyo, jalándola como si fuera lo único que podía hacer. Su rostro se hundía en mi pecho, humedeciéndolo con sus lágrimas. Besé su cabeza, su cabello desmoronado.

-Oh, mi Silvie... no pasa nada.

-Claro que pasa-formuló la voz femenina del cuerpo de las sombras. Salió a la luz iluminando su cuerpo, vestido de negro y con un velo sobre su tez desconocida-. Os la devuelvo a cambio de que mi plan esté en secreto y si sale a la luz-otro grito se escuchó en el oscuridad. Con sus manos sacó el cuerpo de mi hermana Charlotte, golpeada y con el rostro ensangrentado, estaba llorando de la misma forma, exceptuando que su cuello estaba siendo acariciando por la hoja de un cuchillo-, ella morirá. Yo sabré que me habéis desobedecido porque siempre sabré dónde encontraros, mi querido Robert.

Me resultaba tan familiar aquella voz femenina. ¿Quién era?

-¿De acuerdo?-. Terminó preguntando.

-¿Y mi madre? ¿Qué habéis hecho con mi madre?

Se rió de forma brusca mientras sus dedos retiraban el velo, reflejando el rostro de la mujer que conocía, de una mujer que me había criado desde que nací. Era Lady Donaldson. Imposible, era mi madre.

-Vuestra madre soy yo, querido Robert. ¿A qué no lo esperabáis?

-Estáis loca...

-Por supuesto, y ahora si me disculpáis, hijo, me llevaré a esta joven muchacha conmigo.

Charlotte gritó e intentó soltarse de las garras de nuestra madre. Yo no fui capaz de moverme, sostenía el cuerpo de Silvie, su frágil y dulce cuerpo. No comprendía nada de esto. ¿Mi madre? Quizá solo era una ilusión causada por mi mente, no podía ser ella.

-¿Vos habéis hecho todo esto?

-Claro, cielo. ¿Queréis saber cómo? Pues muy sencillo, mi querido marido empezó a mantener relaciones con la queridísima Señora Wells. Y decidí que lo mejor era vengarme, así que inventé un plan para poder tener una razón para matar a vuestro padre y también a la Señora Wells. Elton deseaba poder traficar con niños de Londres y la reina, mi amiga de la infancia Victoria, no se lo permitía, por lo que alguien tendría que acabar con ella y destronarla, matarla por no ser la persona que debía ser. Claro que, tu padre escuchó los rumores junto a vuestra madre, Silvie. Así que tenía que matarlos y que pareciese un accidente. Luego vino el Señor Scarlett, ese hombre tan maravilloso y tan curioso, su curiosidad me obligó a matarlo. Después Anabeth me escuchó hablando una noche con Elton y por su puesto, debía matarla. Y por último, vosotros dos, mas, os tengo tanto apego que no me parecía del todo correcto asesinaros, sin embargo, Charlotte ¿quién quiere a mi preciosa Charlotte?

-Estáis loca...-. Farfullé aproximándome con rabia a mi madre.

-Eh-presionó el cuchillo sobre la garganta de Charlotte-, no es buena idea que hagas eso, querido. Ahora me montaré en ese precioso barco que observáis tras de mí, acompañada de mi hija Charlotte la cual, ya no desea casarse con Aidan.

-¡Suelta!-. Gritó una voz procedente de detrás de nosotros.

Era Aidan, acompañado de centenares de policías que estaban rodeando

la zona y rodeando a Charlotte.

-¡Nadie puede impedirme que me vaya!

Súbitamente aferraron ambos brazos de Lady Donaldson, obligándola a soltar el cuchillo que atemorizaba a Charlotte. Ella corrió a los brazos de su amado, besándose de la forma más intensa posible. Yo rodé mis ojos hacia Silvie, secando las lágrimas de su rostro con mis pulgares. Mi dulce ángel sin alas.

-Tenía miedo...

-Lo se, Silvie, lo se.

Presioné mis labios contra su frente mojada de sudor.

Capítulo 24

EPÍLOGO:

Tras aquel incidente, la reina nos nombró a Robert Joshua y a mí Sir y Lady Donaldson celebrando nuestra boda junto a Aidan y Charlotte meses después. Nunca pensamos que Lady Donaldson madre estuviera tan sumamente loca. Habría sido capaz de asesinar a sus propios hijos por la infidelidad de su marido. Estaba loca y no nos habíamos dado cuenta, además, nos mitió rompiendo nuestra confianza. Jamás la volvimos a ver después de aquello.

Gracias ello, la reina Victoria siempre me recordará como la mujer que la salvó de ser destronada.

-Gracias a-bramó la reina delante de mí-la carta a Lady Donaldson, Inglaterra está a salvo de una monarquía sin leyes y sin ninguna educación. Hubiéramos acabado siendo el peor país del mundo si no llega a ser por la carta a Lady Donaldson, gracias a ella seguimos en la cima del mundo.

Horas más tarde me instalé nuevamente en mi hogar, en la casa de mis padres y la de mi infancia. No era una gran mansión, mas, tenía cierta amabilidad y dulzura que nadie podía aportarle.

-Silvie-dijo Josh tras de mí, rodeando mi cintura con sus brazos duros y suaves. Llevaba el dorso desnudo el cual lo acaricié con las yemas de mis dedos-, querido decir, Lady Silvie.

Me volví sobre mis talones sonriendo y permitiendo que los labios de Joshua pudieran fundirse con los míos en un intenso y frenético beso empapado de pasión.

FIN.

